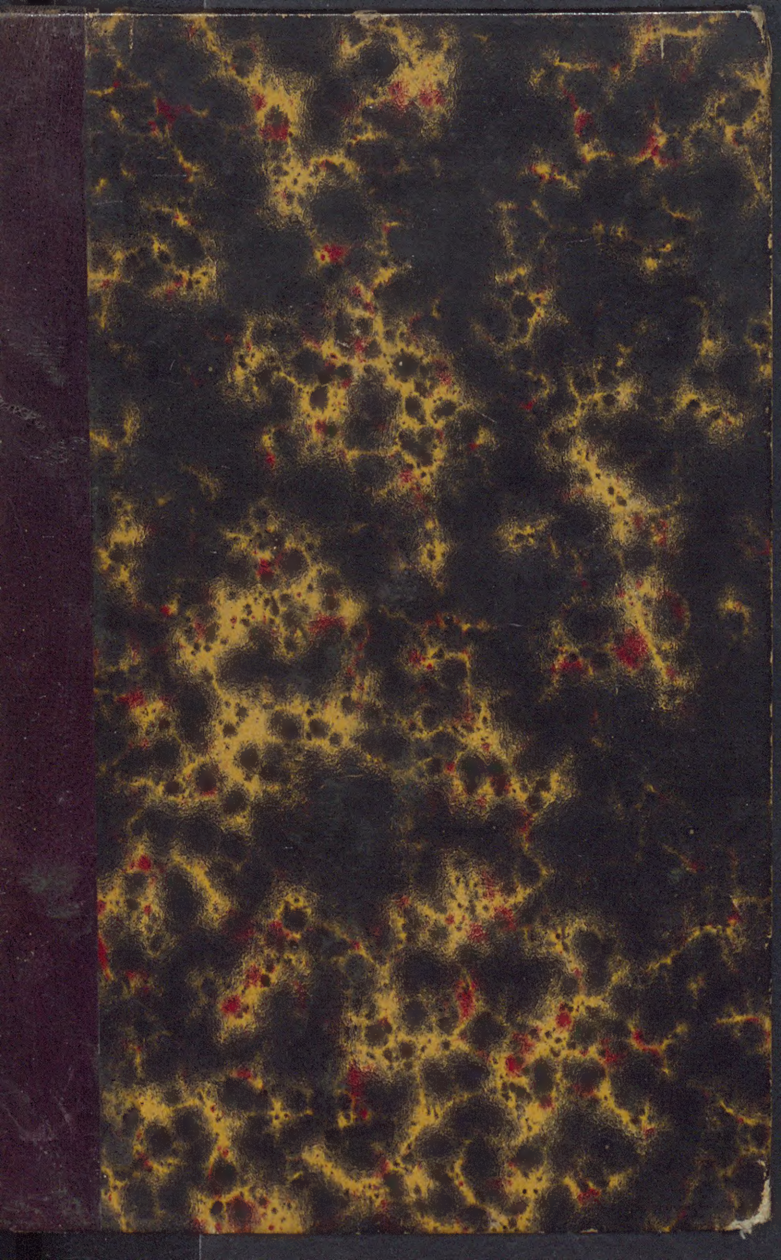




COLECCION

DE

POESIAS ESCOGIDAS

DE

D. Juan José Bueno

y

D. José Amador de los Rios.



SEVILLA.

Imprenta de El Sevillano, calle de las Sierpes n.º 50.
Noviembre de 1839.

PRÓLOGO DE LOS AUTORES.

Supuesto que es costumbre inmemorial escribir para cada obra, sea de la clase que fuese, un comienzo, ó ecsordio del discurso, en que el autor espone sus principios literarios, se disculpa de los defectos, que pueda encerrar su obra, y achaca la publicacion de esta á ruegos de amigos, ó cosa que se le parezca, no seremos nosotros ciertamente quienes, quebrantando tan respetable costumbre, nos presentemos al público, como si dijésemos ex-abrupto.

Con la modestia, que nos caracteriza, y que es verdadera, porque nace del convencimiento ín[illegible]e nuestra insuficiencia, y del mucho estudio, que es necesario para merecer el título de poeta, y mas aun el de literato: con esta modestia, repetimos, que no es afectada, la cual equivale por lo menos al orgullo, dirémos al público que nosotros hemos tenido tambien amigos, que nos han rogado, (por nuestra fortuna, ó nuestra desgracia) para que diésemos á luz esas producciones, escogidas escrupulosamente entre las demas, que hemos escrito y que los dichos amigos

se han empeñado en ver impresas, llevados seguramente de su buena fé, que no nos atrevemos á contradecir.—En cuanto á la de nuestros principios literarios, solo tenemos que decir á nuestros lectores, que en algun tiempo estuvimos llenos de preocupaciones, fuimos entusiastas fanáticos de Victor Hugo, y Alejandro Dumas y, sea dicho con perdon, despreciábamos á Herrera, Garcilaso, Leon, Rioja, y otros semejantes: y declamábamos furibundos contra las reglas de Horacio y Aristóteles por el mero hecho de ser clásicos. ¡Debilidad humana!....

Así es que únicamente queríamos pulsar una *lira de hierro*, cantar á las tumbas, y tener por númen al génio de la muerte, encontrando la inspiracion solo en los cementerios.

Por fortuna el estudio de los mismos, que teníamos en menos, la meditacion de las bellezas que contienen sus obras, y últimamente los buenos consejos de personas de sano gusto y conocido mérito nos han hecho apreciar lo bello, donde quiera que se encuentre, ya sea en Calderon, ya en Moratin.—En una palabra, para nosotros han perdido su significacion las voces *clásico* y *romántico*, y nos hemos acogido á un completo *eclepticismo*, que, adoptado ya por nuestros mas

distinguidos literatos, reproducirá con el tiempo la escuela *original española*, que no debe nada á los griegos, ni á los franceses.

Réstanos solamente para llenar, como es debido, todas las formalidades de un prólogo, pedir la indulgencia del público para nuestras faltas, y manifestar al mismo tiempo que de algunas de ellas han sido purgadas nuestras composiciones con la ayuda de distinguidos literatos, (1) cuyos nombres honran á nuestra patria, los cuales se han prestado á ello bondadosamente en gracia de nuestro adelanto y favor de la literatura.

Buena ventura deseamos á nuestra obra, porque lo contrario seria desnaturalizacion, tanto mas criminal cuanto mas estrecho es el parentesco que con ella nos liga; pero de ningun modo aguardamos que por su causa nuestro nombre sea eterno, y ciña nuestras sienes una corona de laurel, destinada solo al relevante mérito.

(1) El Excmo. Sr. Duque de Rivas y D. Alberto Lista.

NOTA.

Las composiciones de don Juan José Bueno llevan al final de ellas ** y las de don José Amador de los Rios ****

LA

Lealtad Premiada.

1353.

LA LEALTAD PREMIADA.

1353.

ROMANCE 1.º

EL TORNEO.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.
Moratin.

Asciende al cenit triunfante
el sol, de los mundos vida,
y leves nubes en torno
de su pura lumbre giran:
Mientras volando en Torrijos
(que de los reyes es villa)
en un estenso palenque
pendones, que el mundo envidia,
Que celebra el rey don Pedro

pomposas fiestas publican,
y con sus motes y empresas
que allí está su corte gritan.
Inunda concurso inmenso,
cual de un rio la avenida,
las anchas plazas y calles,
que dan entrada á la liza.
Ora, gritando los unos,
llenos de ansiedad se agitan,
y por llegar al estadio
se atropellan y se pisan.
Ora los otros, logrando
cómodo asiento y con vistas,
alborozados prorumpen
en estrepitosos vivas.
Aquí, sentado en la valla,
un jóven hidalgo esplica
los lances, que en un torneo
le ocurrieron en Sevilla;
Mientras, sañudo un macero,
con mano imperiosa quita
de su asiento á un noble anciano,
que en valde por él suplica.
Allí en corrillos disputan
lo que las justas motiva,
y circulan entre todos

opiniones muy distintas.
Algunos que á doña Blanca
espera don Pedro afirman,
y festejarla pretende
como á reina de Castilla.
Otros con grande misterio
dicen, que doña Maria,
su dama, es solo el motivo
de que arda en fiestas la villa;
Y añaden, dando importancia
á sus dudosas noticias,
que hasta el mismo rey don Pedro
tambien por su hermosa lidia.
Mas alzando de improviso
estruendosa gritería
la multitud, que se encuentra
del circo en las avenidas,
Pone fin á estas escenas
y del vulgo á las hablillas,
el cual absorto da paso
á la régia comitiva.

—«o»—

En colgados miradores,
que ricos paños tapizan,

tienen asiento las damas
de noble alcúrnia en Castilla.
Todas esperan ansiosas
que su adorador la liza
pise, y llenas de entusiasmo
á verle triunfar aspiran.
O temen mirar vencido
al que su afan tierno inspira,
y este solo pensamiento
las abate y martiriza.
Ocupa el balcon del rey,
causando á todas envidia,
de perlas de oriente ornada
la gentil doña Maria.
Y obséquianla caballeros,
cuya ancianidad les priva
de combatir, cual briosos
en otro tiempo lo harian.
Sentados están los jueces,
que á las justas presidian,
en dos distintos cadalsos,
que el ancho circo dominan.
Y en otros dos, cuya altura
era menor, se divisan
los estrangeros hidalgos
que á ver las fiestas venian.

Murmura el pueblo impaciente,
porque tardan las cuadrillas,
y el freno de la obediencia
á romper indócil iba;
Cuando, sin tener espacio
ni aun para ver sus divisas,
contempla absorto la plaza
de paladines henchida.

—«o»—

Por dos puertas diferentes
entran, piafando, en la liza
los valientes campeones,
y en torno al palenque giran.
Cabalgan ágiles potros,
que nacieran en la orilla
del Guadalquivir, y al viento
en velocidad imitan.
Y todos cubiertos vienen
de fuertes armas bruñidas,
que, al reverberar su lumbre,
los rayos del sol eclipsan.
Vuelan gallardos plumages
de sus cascos en la cima,
y en ella tambien mezcladas

azules y verdes cintas.
Llevan al brazo los unos
rojas bandas por divisa,
y escrito en la récia adarga
"*No hay poder que me resista.*"
Ciñen los otros lozanos
vistosas fajas pajizas,
y llevan tambien por mote
"*¿Dónde estará el que me rinda?*"
Gobierna las bandas rojas
con apuesta bizarría
sobre un fogoso castaño
Juan Alonso de Padilla.
Y es capitan de las fajas
un jóven de planta altiva,
que de un poderoso bayo
rige la espumosa brida.

—«O»—

No bien con fiero aparato
las dos contrarias cuadrillas
dieron tres vueltas al circo,
que asordan alegres vivas,
Cuando el altísono estruendo
de marcial trompetería

junto á los jueces resuena,
y á la ardiente lid incita.
Revuelven todos á un tiempo
con diestra mano las bridas
á jurar las condiciones,
que en tales fiestas regian.
Toman de los escuderos
iguales y gruesas picas:
el campo entre sí dividen,
y á sus puestos se encaminan.
Llenan otra vez los vientos
las trompetas y bocinas,
y entrambos los capitanes
sus fuertes lanzas enristran.
No asi, bramando, dos tígres
corren en la ardiente Libia
á destrozarse sangrientos,
ardiendo en furor y en ira;
Cual, volando, se acometen
aquellas dos moles vivas
de acero, y retemblar hacen
la tierra que altívos pisan.
Júntanse al paso orgullosos:
ninguno el encuentro esquiva,
y crujen los anchos petos,
brotando azuladas chispas.

Mas, sin póder retirarse,
por un instante vacila
de Juan Alonso el castaño,
y al fin aturdido hocica.
Llenan el espacio inmenso
los aplausos y los vivas,
y el segundo de las bandas
entra sereno en la liza.
Colócase frente á frente
de la contraria cuadrilla,
y sobre el jóven bizarro,
cual rayo, se precipita.
Encuentra con él furioso
en mitad de su corrida
y, al fuerte choque tremendo,
lanzas y arneses rechinan;
Clavándose al mismo tiempo
la que el capitan blandía,
y arrancando, al apartarse,
al paladin de la silla.
Guarda sorprendido el pueblo
hondo silencio: en seguida
otro de las bandas rojas
de los suyos se desvía,
Y resuelto, cual valiente,
veloz, cual águila altiva,

dando una vuelta al estadio,
frente al vencedor se fija.
Avanzan.... mas ¿donde vuela
mi ardorosa fantasía,
ni á qué detenerme intento
en descripciones prolijas:
Si el caudillo de las fajas,
mas firme que parda encina,
cuando al huracan resiste,
cuando á siglos desafía:
Mas furioso que el torrente,
cuando arrasa las campiñas,
mas aterrador que el rayo,
cuando torres arruina,
A cuántos la lid sostienen
hiere, desarma, ó derriba,
y, es tanto el pavor que infunde,
que á todos hiela y fascina?
Ya no hay brazo que mantenga
contra el vencedor la pica,
ni quien el estadio pise,
ni quien la justa prosiga.
Contempla atónito el pueblo
tantas victorias, y en vivas
estruendosos se deshace,
que al paladin felicitan;

Mientras él, girando en torno
de la estensa plaza, grita
con voz y ademan triunfantes:
¿Dónde estará el que me rinda?

En esto de los cadalsos,
do pasmados residían
los ilustres estrangeros,
salir un jóven se mira,

El cual, sin cuidar de nadie,
y sin que nadie la vista
fije en él, rápidamente
se dirige hácia la villa.

Que tal vez creyó las fiestas
con las justas concluidas,
ó el ver tanto vencimiento
le causa tédio, ó le indigna.



ROMANCE 2.º

UN LANCE IMPREVISTO.

Apenas el no vencido
con tanto orgullo pronuncia
tres veces el fiero mote,
que á los vencidos insulta:
Cuando en las cercanas calles
al ancho circo retumban
mil estrepitosos gritos
y "*abridle paso*" se escucha;
Presentándose, cubierto
de empavonada armadura,
un guerrero, en cuyo porte
noble altivez se vislumbra.
No lleva en el fuerte casco
volando cintas, ni plumas,
ni el brazo con bandas ciñe,
ni con fajas la cintura.
Tampoco su escudo ostenta
pomposos motes, ni anuncia
que su dueño es invencible,

como es costumbre en las justas.
Y tal vez por un descuido,
que notó, al entrar, la turba,
lleva acicates de oro
do ricas piedras relumbran.
Oprime un troton rodado
de espesa crin guedejuda,
cuya hermosa estampa admira,
y cuya fiereza asusta.
Veloz el circo atraviesa:
airoso y cortés saluda
al vencedor arrogante,
que al verle venir se inmuta.
Llenas las formalidades,
los dos paladines cruzan
rápidos la plaza estensa,
y en medio de ella se juntan,
Rompiendo las fuertes lanzas
con tanta cólera y furia,
que las astillas, zumbando,
los rayos del sol anublan.
Con otras picas prosiguen
la ya encarnizada lucha,
y, encontrándose de frente,
queda la victoria en duda:
Pues que al empuje violento

ambos corcéles reculan,
y, sentándose en la arena,
por tenerse en valde pugnan;
Hasta que espuelas y frenos
con ágil fiereza aunan
los ginetes, levantando
los potros, que el suelo abruman.
Y, aunque furiosos los vuelven,
los dos escarban y bufan
y permanecen clavados,
nadando en un mar de espuma.
Mas cediendo al acicate
parten, cual llama trisulca,
y asordan al rudo choque
el ancho circo, en que luchan.
Rómpese la gruesa lanza
que aquel incógnito empuña;
pero la media asta rota
queda en aguzada punta,
Que en la manopla se clava
del vencedor: lo derrumba,
con pesado golpe al suelo
y en sangre el arnés le inunda.
El pueblo imbécil aplaude
con desenfreno y locura
al mancebo, mientras este

los arzones desocupa,
Se dirije hácia el vencido,
que levantarse procura,
y, alzándole la visera,
retrocede y se espeluzna;
Mirando á sus pies al rey
de Castilla, que en la justa
su alta magestad esconde
bajo vulgar armadura.
Al conocerle la gente
quédase de asombro muda,
y mil cortantes aceros
contra el jóven se desnudan.
No por el amor, que tienen
sus dueños al rey, en cuya
persona su azote miran;
sino es porque asi le adulan.
Mas volviendo en sí don Pedro
ansioso al guerrero busca
con la vista, y al hallarlo
afable le dice: "tuya
"Es la victoria valiente.......
"guarte ¡vive Dios! que nunca
"otro acero donde el tuyo
"se desenvaine ni luzca.
"Vete en paz: bien entendido

"que aquí mi poder te escuda,......
"y ¡ay! del insano que hacerte
"óse la mas leve injuria."



ROMANCE 3.°



EL RETO.

> Y para obligaros mas
> vuelvo á decir que detras
> de San Agustin espero.
> *Calderon.*
> (Los empeños de un acaso.)

Entre pardos nubarrones,
que el cielo, cruzando, empañan,
mústia y sin color la luna
por resplandecer se afana:
Quebrando su luz sombría
en las desiguales casas
de Torrijos, que en silencio
sepulcral yace asombrada.
Solo en la villa se escucha
algun gemido, que ecsala
el herido rey don Pedro,
revolcándose en la cama.
O el misterioso murmullo
de los que ansiosos relatan
su trágico vencimiento,
dándole mucha importancia.
Mas en tanto un caballero,

cuyo semblante retrata,
con el dolor mas profundo,
la agitacion mas amarga,
Vestido un negro tabardo,
puesto un birrete de grana,
sentado está en una silla
donde, meditando, calla.
Una dorada bugía
con luz trémula y escasa
sobre un velador alumbra
su casi desierta estancia;
Y refleja sus destellos
en dos fornidas corazas,
una en el suelo tendida,
otra en la pared colgada.
En esta espléndidamente
ricas labores resaltan,
y aquella está sin adornos,
sin bruñir y empavonada.
Mas desde luego se advierte
que de un dueño son entrambas,
y que la mejor ostenta
de Aragon las rojas barras:
Notándose en la del suelo
algunos golpes de lanza,
dados con tal furia y brio,

que la abollan y la rayan.

—«o»—

De repente el caballero
del ancho sitial se alza,
requiriendo con la vista
las no primorosas armas:
Y, arrugando el entrecejo,
dice confusas palabras:
hasta que la voz entera,
firme el ademan, esclama:
"No pienses, rey, que yo fío
de tu palabra en la fé:
que como las cumples sé,
y no es tal mi desvarío.
Sé lo fácil que se enciende
el ódio en tu corazon,
y que el nombre de Aragon
tu orgullo arrogante ofende.
Sí: no juzgues que insensato
duerma tranquilo en tu suelo,
porque todo lo recelo
de tu proceder ingrato.
Si quieres, lidiar no esquivo
con tus mas fuertes guerreros,

mas sin amaños arteros,
cuerpo á cuerpo, estribo á estribo.
Que vengan....!! "Un rumor leve
se escucha en la puerta, y guarda
silencio por un instante,
puesta la mano en la espada.
Suena otra vez el ruido,
como del que ansioso llama,
y el aragones al punto
corre á saber quien lo causa:
Encontrando un escudero,
en cuyo pecho las armas
de su noble señor brillan,
que de este modo le habla:
—¿"Sois vos Mosen de Biedma?
—El mismo soy ¿que buscaba?
—A vos solo busco en nombre
de don Melchor de Celaya.
Tomad su guante, y tomad......
para vos dióme esa carta:
cuidad, el buen caballero,
que en ello va vuestra fama."
—Tened ¡vive Dios! la lengua
que á no ser la salvaguardia
de mensagero, por Cristo,
que ya el labio vos sellára.

Id con Dios, el escudero;
mas decid al de Celaya,
"que soy noble, y soy Biedma....."
—¿No mas le digo?—No: basta.
—Quedad con Dios. "E, inclinando
con desmedida arrogancia
levemente la cabeza,
de la puerta el dintel pasa.
Mientras tanto furibundo
el sobrescrito desgarra,
Mosen Piquer de Biedma,
y lee el billete en voz alta:
"De aleve, Mosen, os reta
Melchor Gomez de Celaya,
y en el castillo de Azarque
á media noche os aguarda.
"Ved que si al reto faltais
tendreis de cobarde tacha:
junto á Azarque..... á media noche.....
espero que no hareis falta."
Apenas el caballero
leyó, temblando de rabia,
el insultante billete,
en que de traidor le tratan:
Cuando una risa de triunfo
asoma á su labio ufana,

y con altivo semblante
así prorumpe: "Os doy gracias,
Melchor Gomez, por el reto,
y á no ser quien sois, dudára.....,
mas no; que noble he nacido
y es la duda muy villana.
Iré á Azarque á media noche,
como vos decís, *sin falta.*
¡Ferran! ¡Ferran! el caballo,
la pica, el arnes, la adarga:
Pronto, volando, ¡Ramiro!
mi caballo tordo," y marcha
á buscar á su escudero,
y al combate se prepara.

—«o»—

Al pie de un alto castillo,
que fuertes muros resguardan,
sobre una peña sentado
está un hombre, en cuya traza
Se advierte que es caballero,
que á algun caballero aguarda
con la inquietud del que espera,
cuando lo que espera tarda.
Tiene en su siniestra mano

el freno, que altivo tasca
un troton castaño airoso,
y está en su diestra una lanza.
Cubre su cuerpo y lo ciñe
una armadura pesada,
bajo de la cual se esconde
espesa cota de malla.
Y cuelga de su cintura
una cortadora espada,
y en sus rodillas se apoya
una doble y fuerte adarga.
La luna entre densas nubes,
que de vez en cuando salva,
sus resplandores refleja
en el ancho peto opaca,
Y de sombras y ficciones
llena su luz solitaria
el campo, y la fortaleza,
que el vulgo asombrado acata,
Cual depósito de encantos,
y habitacion de fantasmas:
porque en ella el moro Azarque
tuvo á Zulema encantada.
De pronto resuenan pasos:
el hombre al momento embraza,
levantándose, el escudo,

en el fiero bridon salta,
Y mira luego acercarse
sobre un tordillo con pausa
un caballero, que, al verle,
le pregunta:—¿"Sois Celaya?
Y—"El mismo, sí:—le responde.
—Preveníos: *que sin falta*
véisme llegar al castillo:
juzgo que no tendré tacha
De *cobarde*.... á lo demas
os va á contestar mi lanza.
=Lo veremos......" y al instante,
á tomar campo se apartan.



ROMANCE 4.°



LA RECOMPENSA.

.... y salgo luego
á la palestra en que aguardando estuve
en un rayo andaluz, monstruo de fuego.
D. Juan de Alarcon.
(El tejedor de Segovia.)

Apena el sol en oriente
lanzó sus primeros rayos
esplendente y magestoso
sobre el suelo castellano:
Cuando en las calles y plazas
de Torrijos mil hidalgos
se ven cruzar que afanosos
van de su rey al palacio.
Algunos al encontrarse
con misterioso recato
y con temor se preguntan
de su monarca el estado:
Y afirman que es peligrosa
la herida, y con sobresalto
añaden que, si no muere,
tal vez perderá la mano.

Otros con mas esperanza
quieren probar lo contrario,
y dicen que en pocos dias
quedará repuesto y sano.
Mas sobresale entre todos
gentil, altivo y gallardo,
de ricas armas cubierto,
un caballero, que ufano
En voz alta y ahuecada,
con noble desembarazo
dice: "Si don Pedro espira,
queda ya su honor vengado."

—«o»—

En un salon espacioso,
que entapizan ricos paños
de Pérsia, y vistosas telas
de Córdova y de Damasco:
Que decoran cien columnas
de blanquísimo alabastro,
formando hermosos doséles
en sus puntiagudos arcos:
Que en sus doradas cornisas
ostenta á un tiempo los bravos
leones y los castillos,

timbres de un imperio entrambos:
Que la luz del sol radiante
recibe por los pintados
vídrios, que en el pavimento
dibujan caprichos varios:
En un lecho suntuoso
don Pedro está recostado,
y en él se agita impaciente,
con languidez sollozando.
Sobre un almohadon morisco
de terciopelo morado
deja caer blandamente
herido el derecho brazo.
Tiene en completo desórden
su rubio y ensortijado
cabello, el doliente rostro
sus mechones ocultando.
Y con delirante aspecto
repite de cuando en cuando
del aragones la hazaña
dándole el nombre de "*bravo*."
Estan en sendos sitiales
á su derecha sentados
don Alfonso de Alburquerque,
y Nuño Perez Quijano.
Y en una morisca mesa

de bello y costoso ornato
se ven sin órden alguno
muchas redomas y vasos,
(Que mil bálsamos contienen
y otros químicos estractos)
yervas y varios vendages
de levísimo olán blanco.
A su siniestra se miran
de pié muchos cortesanos,
entre los cuales se cuentan
sapientísimos prelados,
Ricos hombres, y guerreros,
del moro andaluz espanto,
pajes, é ilustres doncéles,
mesnaderos, y fidalgos.
Todos con triste semblante
contemplan al soberano,
y en cada rostro se pinta
un pensamiento contrario:
Mientras que Rabí, el hebreo,
doctísimo judiciario,
que logró estendida fama
en la ciencia de Esculapio,
Un rojo gaban vestido
de pobre estofa, aunque largo,
en su vetusta cabeza

puesto un bonete encarnado,
Sujetándole el cabello,
que volviera el tiempo cano,
y la luenga espesa barba
á su cintura llegando:
Ora arruga el entrecejo,
haciendo signos estraños,
sobre el brazo de la herida,
que solícito ha curado:
Ora entre dientes murmura
mil oraciones y ensalmos,
y cita algunos pasages
del Pentateuco sagrado,
Con tal fervor y con tanta
fé y religioso entusiasmo;
que si no le creen, le acatan
los caballeros cristianos.
Mas de pronto el rey don Pedro
tranquilidad recobrando,
é incorporándose, abre
sus brillantes ojos garzos:
Tiende en su torno la vista,
como quien pretende acaso
encontrar un confidente,
á quien dar algun encargo;
Y al hallarse con Alfonso

de Alburquerque, su privado,
y al mirar que está á su diestra
Nuño Perez de Quijano,
Así les dice, su rostro
lleno de ardor y entusiasmo:
"Gracias os doy, mis amigos,
por tanta lealtad, y tanto
Sentimiento, como ansiosos
por mi vida habeis mostrado:
ya estoy mejor, Dios servido......
hora escuchad mis mandatos.
Quiero que sepais el nombre,
la condicion y el estado
del justador valeroso,
que ayer me venció bizarro.
Que le traigais al momento
aquí: escuchar de su lábio
donde ha nacido, y si quiere
ser mi feudo, ó mi vasallo.
Decidle que el rey don Pedro
quiere en su valor premiarlo
andad y volved al punto,
que ya impaciente os aguardo.
Así habló el rey: y al instante
Nuño Perez de Quijano
se dirije presuroso

á la puerta del estrado,
En la que al salir encuentra
un caballero, que armado
penetró en la régia estancia,
resuelto y con firme paso;
El cual, haciendo la venia,
quítase el bruñido casco,
y así dice al rey don Pedro,
ambas rodillas doblando:

"Permitidme, señor, que os bese ufano
la invicta diestra, á vuestros pies poniendo
el noble triunfo, que alcanzó mi mano,
la fiera audacia de Mosen rindiendo:
Por prémio á la lealtad de castellano
que benigno os mostreis, señor, pretendo,
y cual hora veréisme siempre ansioso
de mi rey el honor vengar sañoso.

—«o»—

—"Levantad, el de Celaya,
y hablad por favor mas claro;
pues no sé qué agradeceros,
ni qué honor habeis vengado.

—"Solo el vuestro, señor: que, al ver brotando
la sangre régia de la infausta herida,
sentí mi pecho de furor temblando....
juré vengaros, ó perder la vida.
Reto al feroz Biedma, y, confiando
del cielo en el favor, no me intimida
la terrible pujanza de su diestra,
y pongo junto á Azarque la palestra.

"Vuelo á vencer, ó á sucumbir glorioso
y del castillo al pié, trotando, llego
en un corcel castaño poderoso,
que altivo arroja por los ojos fuego.
Todo en silencio estaba y en reposo,
turbando solo el natural sosiego
el cárabo locuaz, que agüeros canta,
su voz ahogando en la fatal garganta.

"Dos horas esperé junto al castillo
de cólera, y rencor, y rabia lleno,
y víle al fin llegar sobre un tordillo,
con grave pausa y ademan sereno.
Veloz en mi caballo, al descubrillo,
salté, rijiendo el espumante freno,
y los dos furibundos, al mirarnos,
volcanes fuimos, do temí abrasarnos.

"Clavamos á la par el acicate,
con rapidez surcando el viento leve,
y entrambos fuimos, al tremendo embate,
montes, que el huracan, tronando, mueve.
Dudoso un punto se mostró el combate;
mas dando á su bridon la vuelta breve,
y de un rayo Mosen siendo la llama,
la arena beso, y vencedor se aclama.

"Ufano con el triunfo y arrogante,
dejó el tordillo corredor fogoso,
y la celada alzándose al instante,
así, al mirarme, prorumpió orgulloso:
"*Ya conoceis, Melchor, de mi pujante
brazo el poder, al combatir furioso:
hidalgo, alzad, la vida vos concedo:
recibidla, que es mia, y darla puedo.*"

"¡*Nunca*! le respondí; *jamas la vida
seráme sin honor carga sufrible:
antes del tronco el cuello se divida,
que en mis armas mirar baldon horrible.
Matadme, ó comenzad la lid perdida.*
Así esclamé, y alcéme con terrible
denuedo, y á la vez nos previnimos,
y la lid con la espada proseguimos.

Ora anhelando, de soberbia mudos,
entrambos alcanzar el vencimiento,
en trozos mil partímos los escudos,
sus sones dando al ofendido viento;
y esforzando el vigor, ora sañudos
hicímos retemblar con ronco acento
las altas torres del castillo moro,
que el grito horrendo duplicó sonoro.

Entanto cruzan la turbada esfera
manchadas nubes, y á la triste luna
ocultan, y oscurecen la pradera,
dejándonos al par sin luz alguna.
Mas con esto finó la lucha fiera
y por mí decidióse la fortuna:
cayó Mosen, y en su terrible estrago
nadó de sangre en el caliente lago."

—«o»—

Dijo Celaya: don Pedro
hace una seña á Quijano,
que al punto desaparece,
y así le responde: "¡Cuanto
Me agrada, Melchor amigo,
que, cual dicho habeis, en salvo

mi honor esté ya, y sin tacha!
¡Sois un verdadero hidalgo.....!
Vivid en la certidumbre
de que el rey sabrá premiaros,
y tan bien..... que en vuestra vida
no le tendreis por ingrato.
Andad con Dios, el valiente:
de hoy mas sois en mi palacio
el hombre de mas estima......
tal, caballeros, juzgadlo.
Empero estad advertido,
Melchor, de que habeis faltado
á una ley: que es ley suprema
cuanto sale de mis lábios.
Mas yo os juro por mi nombre
que otra vez sereis mas cauto.......
Despejad: el cielo os guarde......
el prémio os está esperando."
No bien hubo el rey don Pedro
tales palabras hablado,
con el color de su rostro
á los presentes helando;
Incauto Melchor Celaya,
erguido, pomposo y vano,
atravesaba la puerta
del régio salon, llegando

A una estrecha galería,
do los maceros el paso
le detienen, de sorpresa
su altivo pecho llenando.
Un punto despues se miran
dos fuertes mazas en alto:
se oyen dos golpes, el suelo
se estremece, retumbando,
Al desplomarse Celaya
moribundo, y sosegados
retroceden los maceros,
tintas en sangre las manos.

—«O»—

Vuelve ante el rey al momento
Nuño Perez de Quijano,
y balbuciente le dice,
el rostro desencajado:
"Ya estan, gran señor, cumplidos
vuestros escelsos mandatos."
Un aterrador silencio
guardan todos asombrados.......
Y mientras el rey don Pedro
con risa de triunfo, dando
á sus terribles acciones

un misterioso aparato,
"Este es, señores, el prémio"
dice "que en mi reino guardo
á los que un punto se aparten
de lo que en mi reino mando."



¡Tal ha sido y será siempre
la amistad de los tiranos:
que el que mas por ellos hace
tiene mas injusto pago!

****

Sevilla y Julio 1839.



Á LOS

Poetas Granadinos.

A LOS POETAS GRANADINOS.



Dulce es cantar, trovadores,
cuando el alma embelesada
sueña inocentes amores;
dulce es cantar entre flores
en la hechicera Granada.

—«0»—

La que cien torres ornaron,
y tuvo hermosas mezquitas;
donde lucientes brillaron
aljófares, que esmaltaron
telas de oriente esquisitas.

—«0»—

La que fué morisco trono,
harem de bellas sultanas,
perdido por abandono,
rica presa del encono
de las huestes castellanas.

—«0»—

La que tiene un verde suelo,
celaje de puro azul,
donde transparente velo
una nube, allá en el cielo,
forma de cándido tul.

—«o»—

La que tiene fértil vega,
que tanto lloró Boabdil,
en la cual plácida juega
agua, que limpia la riega:
agua del Darro y Genil.

—«o»—

Y un alcázar opulento,
junto á la arabesca Alhambra,
en la que el moro contento
danzára al meloso acento
de añafiles en la zambra.

—«o»—

Al penetrar sus salones,
con arcos de filigrana
y labrados artesones,
bebe el alma inspiraciones,
y en valde á cantar se afana;

—«o»—

Porque el canto, que ella inspira,
es agradable tormento:
canto que el alma suspira,
no puede espresar la lira,
y comprende el pensamiento.

—«o»—

Cuando en secreto sus losas
pisa el árabe cuitado,
y sus letras misteriosas
con palabras silenciosas
murmura entre sí pasmado.

—«o»—

¡Cuán elocuente es su calma
en su labio el gozo está
y la ilusion en su alma,
porque *está escrito* "la palma
en Granada brotará!"

—«o»—

Preguntadle, trovadores,
que significa ese lema,
y esos signos seductores.
¿Indican esas labores
algun trágico anatema?

—«o»—

¿*Está escrito*, musulman,
en las páginas doradas
del profético Alcorán
que estas vegas perfumadas
á tu poder volverán?

—«o»—

¿Que en Generalife ornado
volverás á correr toros
sobre el bridon afamado,
en Guadalquivir criado,
que tanto apreciais los moros?

—«o»—

¿*Está escrito* que Granada
con sus bordados jardines,
y con su Alhambra encantada
será por tí conquistada
para lascivos festines?

—«o»—

¿Que tu alfange ensangrentado
alzará la media luna
sobre el pendon desgarrado
del español, destrozado
por la soberbia moruna?

—«o»—

Preguntadle si, embebido
en su esperanza risueña,
juzga acaso ver cumplido
el lema, y si lo ha creido,
decidle por Dios que sueña.

—«o»—

Sí, decidle que esa gloria
ya no es la gloria del moro:
que la guarde en su memoria
como una fatal historia,
como un perdido tesoro.

—«o»—

Que no ha de correr mas cañas
del fresco Darro en la orilla,
haciendo suertes estrañas,
ni ha de ver esas montañas,
do nieve argentada brilla.

—«o»—

Que no han de tener festines,
ni han de celebrar mas juegos
sus bizarros paladines;
ni verán en sus jardines
brotar fuentes y arder fuegos.

—«o»—

Decidle..... mas no, cantores,
dejad que por un momento
mire absorto los primores,
que elevaron sus mayores
de su ciencia en monumento.

—«o»—

Y cantad en las riberas
del apacible Genil
junto á sus aguas parleras
en canciones lastimeras,
las desgracias de Boabdil.

—«o»—

Vuestra cítara sonante,
del agua al murmurio blando,
ilusion y placer cante
en sentida trova amante,
sus recuerdos celebrando.

—«o»—

Y esplendente en las murallas
del castellano la cruz,
que venciera en las batallas,
cubierto de espesas mallas,
al gentil moro andaluz.

—«o»—

O cantad los galanteos
de un amoroso sultan
en las justas y torneos,
y los locos devaneos,
que aun hoy llora el musulman.

—«O»—

O las fuentes cristalinas
del alcázar arabesco,
ó las magas granadinas,
que son huris peregrinas
de aquese Edem pintoresco.

—«O»—

Que es muy dulce, trovadores,
cuando el alma embelesada
sueña inocentes amores,
cantar entre gayas flores
en la hechicera Granada.**



SONETOS.

I. [a]

A UNA FLOR DE AZAHAR.

Fragante flor, que en el pensil, hermosa,
por el aura mecida dulcemente,
tu aroma das al delicado ambiente,
y eclipsas, bella, á la purpúrea rosa:

Tú, que al nacer la aurora candorosa,
desplegando tu cáliz blandamente,
el pistílo demuestras, do luciente
perla oscila del alba esplendorosa:

Vuela, flor, á brillar al albo seno
del ángel puro, que mi pecho inflama,
con su rostro de paz y encantos lleno.

Mas, ¡ay! no dejes tu frondosa rama,
que allí tu perla, y tu esplendor sereno
marchitos dejará su ardiente llama.

(a) Este soneto fué hecho por los autores verso á verso alternativamente.

—((0))—

II.



A la tumba de Fernando de Herrera.

Arroja, ¡oh tumba! de tu centro helado
al poeta andaluz, de España gloria,
rey del canto marcial de la victoria,
que en tí yace del plectro despojado.

Canta, Herrera, á tu *Luz* enamorado,
tu *Luz*, que goza de eternal memoria,
ó los hechos grandiosos de la historia,
ó el bárbaro combate ensangrentado.

De tu laud la vibracion sonora
rápida volará, cual vuela el viento,
que entre las rocas fragoroso zumba.....

Mas..... disfruta esa paz encantadora:
para el genio la vida es un tormento,
y halla el laurel en solitaria tumba!

—«o»—

III.



Al cabello de S.......

Ven á mi labio, nítido cabello,
que en su espalda ondulaste blandamente,
y fuiste ornato de su pura frente,
bajando en rizos á su ebúrneo cuello.

Dádiva rica de mi norte bello,
sombra suave de su tez luciente,
ébano limpio, de mi labio ardiente
grato recibe el amoroso sello.

Tus blandas hebras, talisman que adoro,
siempre mi boca delirante oprima:
riegue tus ondas mi apacible lloro:

Mi pecho inerte con tu fuego anima,
y, al espirar, mi labio en tu tesoro
el dulce beso del amor imprima.

—«O»—

IV.



El desden.

Entre rejas doradas y cristales,
envuelta en filelí y en terciopelo,
la faz cubierta con vistoso velo,
recamado de perlas y corales,

Zayda ostenta sus formas divinales,
cual bella maga de moruno cielo,
que descendió á encantar el triste suelo,
entre ricos pebetes orientales:

Y á su pié la enamora entusiasmado
moro gentil de capellar luciente,
al dulce son del añafil pausado,

En blanda trova y querellar doliente:
mientras ella, cual risco adiamantado,
le oculta ingrata su virginea frente.

—((o))—

V.



La duda.

Ese fuego, mi bien, que cariñoso
luce en tus labios, y en tus ojos brilla,
y entre nieve se asoma en tu mejilla
¿es el fuego de amores ruboroso?

¿O en el seno del ángel mas hermoso,
bajo cándido amor y fé sencilla,
el desengaño blande su cuchilla,
para rasgar mi corazon sañoso?

¡Ah! no sé: la inquietud es un tormento,
que destruye mi ser, cual flecha aguda,
tormento horrible, que á sufrir no alcanza.

¡Yo quisiera creer tu juramento!
ó arráncame la vida, eterna duda,
ó abandona mi pecho á la esperanza.

—«o»—

VI.



A una niña.

Alma pura, que en sueño delicioso,
al triste llanto y al pesar agena,
no sientes la borrasca, que hora truena,
ni el choque de los vientos fragoroso,

Tu eres feliz: tu rostro candoroso,
mas albo que la nítida azucena,
su inocente reir, su tez serena
anuncia un corazon, que está en reposo.

Arcángel divinal sus alas cierna,
volando en torno de tu sien ¡mi vida!
en el regazo de tu madre tierna

Duerme aun: que tu pecho encrudecida
rasgará del amor la lucha eterna,
al despertar de tu niñez florida.

—«o»—

VII.

A mi amigo D. Jose Amador de los Rios.

Los armónicos sones de tu lira
son bálsamo de paz á mi tormento:
vibre otra vez su misterioso acento,
hora que grata la amistad lo inspira.

Jóven cantor, mi alma, que suspira,
acalla su gemir por un momento,
y escucha tu cancion, el dulce aliento
cobrando en su interior cuando respira.

Un genio celestial grabe en tu mente
la inspiracion, desde la azul esfera,
y de Murillo el entusiasmo ardiente.

De Rioja la cítara hechicera
ponga en tus manos, al ornar tu frente,
el eterno laurel del grande Herrera.

—«O»—

VIII.



Al genio creador.

En la pluma inmortal del grande Homero
y en los labios de Sócrates brillaste;
el cálculo de Arquímides guiaste,
y la arenga de Tulio en trance fiero.

A Murillo, cual fúlgido lucero,
á Fídias y á Colon iluminaste;
á Talma y Bounarrota coronaste,
y á Bellini, en sus tonos hechicero.

De Virgilio y de Tíbulo la lira,
de Shakespeare el acento furibundo,
tu poder reveló, que el orbe admira:

Y alumbraste, al poblar el caos profundo,
do entre la sombra el pensamiento espira,
la eterna mente del criador del mundo.

**

—«0»—

A Sevilla.

CANTO ÉPICO.

A SEVILLA.

CANTO EPICO.

Silva primera.

Entre flores, que aroman el ambiente,
al dulce murmurar de manso rio,
con un cielo turquí sobre su frente,
sin temer el furor del tiempo impío,
en las nubes encumbra su cabeza,
al rayar en su torre el nuevo dia,
que alumbra su belleza,
la hermosa capital de Andalucía.

—«o»—

No entúrbian negras nubes su celage,
ni en su muralla el huracan se estrella:
las nubes que la ciñen son encage,
que engalana su frente; luna bella,
al traves de sus nácares brillando,
alumbra su recinto encantadora,

cual tibio rayo de naciente aurora,
en las aguas del Bétis reflejando.

—«o»—

¡Ah! que grato es sentir en sus vergéles
en las plácidas noches del estío,
la blanda brisa con su blando frio
empapada en aroma delicioso
del gérmen oloroso
de azucenas, de lírios y clavéles!

—«o»—

Coronando cien torres á Sevilla,
ostenta portentosos
cien templos, do los cantos religiosos
miles de coros alzan, y do brilla
de rico Tíbar cuanto
de magnífico ecsiste, escelso y santo.
Y enmedio el grupo desigual descuella
la arabesca y altísima Giralda,
que en su anchurosa falda
tiene la catedral gótica y bella.
Y mas allá, de almenas coronada,
irgue el alcázar, su soberbia frente

haciendo del oriente
alarde en su vistosa arquitectura
con cifras adornada,
tipo de perfeccion y de hermosura;
do el rey don Pedro con traidoras manos
vertió la sangre de sus dos hermanos;
y en sus bellos salones,
cercado de ilustrísimos varones,
el rostro afable, el corazon de hiena,
al rey Bermejo, y á sus nobles moros,
con régia pompa y con fingida pena,
recibió, codiciando sus tesoros.
En el libro sangriento de su vida
solo ecsiste una página de gloria,
quedando siempre su eternal memoria
en crímenes y horrores confundida.
Brilló el alcázar, que ilustró orgulloso
para ostentar su fiera tiranía,
donde en muelle gozar y vil reposo
en brazos de sus damas se adormía.

—«o»—

¡Cuán dulce en sus bellísimos jardines,
absorto recordar las zambras moras
y espléndidos festines,

do alzaban seductoras
las gentiles sultanas
sus puras frentes de carmin y nieve,
y apuestas resbalaban el pié breve
sobre alfombras murcianas
en acorde compas, y al blando acento
de armónicos cantares,
al ondular, besándose en el viento
las garzotas y leves almaizares!
Mas ¡ay! cuan triste, al despertarse luego,
se encuentra el corazon, y cuan amargo
es el fatal sosiego
do se abisma, al salir de su letargo!

—«o»—

Ya no se escucha el añafil sonoro
en sus bordadas calles de arrayanes,
ni brillan perlas, ni relumbra el oro
en las ricas marlotas y gabanes.
Ya no cantan, formando dulce coro,
en honor de sus bellas los sultanes:
quedó el alcázar solitario y mudo,
y de su gala y esplendor desnudo.

—«o»—

¡Ah! si recuerda el musulman lloroso
del limpio Dauro la encantada orilla,
tambien gime en sus sueños pesaroso,
por el árabe alcázar de Sevilla.
Del Jordan asentado en las riberas,
la mano en la mejilla,
recuerda silencioso,
viendo jugar el ola placentera,
retratando en su linfa el puro cielo,
y blanda sombra del florido suelo,
su gloria pasagera:
de sus abuelos el valor y el brio;
cuando la Europa entera
humillado miró su poderío,
al desplegar triunfantes su bandera.
De Sevilla recuerda el sol radiante
su alcázar y sus flores,
rico botin, que abandonó el turbante,
do el moro disfrutó tantos amores.
Recuerda su vistosa galería,
sus clavéles y gayos tulipanes,
la graciosa y gentil tapicería
de verdes arrayanes,
los altos surtidores,
cuando el agua brillante se desata,
brotando gotas de bruñida plata

sobre el cáliz riente de las flores.
Los vistosos pensiles,
que, cual praderas que en el aire flotan,
blanquísimo azahar del seno brotan,
y las rosas á miles.
Llora, sí, musulman, en el desierto,
y en él por siempre tu soberbia humilla:
el Eden del profeta está ya abierto,
y ese mágico Eden está en Sevilla.



Silva segunda.

¿Qué se hicieron las cañas y torneos,
las reinas del amor y la hermosura
recibiendo á sus pies ricos trofeos
del lidiador doncel, cuya armadura
de limpísimo acero refulgente
vence en brillo la lumbre del sol pura,
sobre el potro obediente,
que lleva paramentos recamados
de oro, y piedras balages salpicados,
y en el alto creston de la celada,
semejando un delfin, que arroja espumas,
volando un ciento de nevadas plumas:

en la adarga bruñida,
con gracia puesta junto al lindo talle,
por mote cincelada
una cortante espada,
y la empresa atrevida
diciendo: "*Venceré, cuanto batalle*"

—«o»—

Ya no brindan ni palmas ni lauréles
á los bravos triunfantes adalides,
ni cruzan el palenque sus corcéles,
fuego arrojando en las famosas lides.
Ni retados apuestos infanzones,
llevando su color en las cimeras
se disputan con saña los blasones
ofrecídos por damas hechiceras,
que en orlados balcones,
de sedas y riquísimos festones
con su beldad á la batalla incitan,
y á cada bote de temor palpitan.
Todo pasó; pero aun Sevilla ostenta
sus antiguas murallas,
que el tiempo demolió con mano lenta,
monumentos de piedra de su gloria,
que recuerdan del moro las batallas,

cual páginas fatales de su historia.

—«o»—

A su aspecto en la mente resucita
la memoria del triunfo de un rey santo
cuando clavó la cruz en la mezquita,
y el Dios de la victoria oyó su canto.
Aun se ven en los rotos torreones,
coronados de almenas desiguales,
elocuentes blasones
para afrenta de pueblos desleales.
Sí: que el rey sabio, cuando solo, errante
renunciára á las tropas de Castilla,
perseguido del bárbaro turbante,
vasallos fieles encontró en Sevilla.



SILVA TERCERA.

Esas brisas que mecen blandamente
mil árboles frondosos,
y las aguas del Bétis dulcemente
en tumbos deliciosos,
so los sáuces, que inclinan su ramage,

columpiando sus copas muellemente
hácia el raudal, que su verdor retrata
en su apacible olage,
cual limpio espejo de bruñida plata:
del ruiseñor los sonorosos trinos,
suaves vibraciones
de un arpa celestial de dulces sones
y de acentos divinos:
ese sol de placer esplendoroso,
entre nubes brillando arreboladas,
que acompañan su curso magestoso,
de topacios y armiños festonadas,
á Rioja inspiraron las canciones
de célica armonía:
y al genio de Murillo las creaciones,
honor y gloria de la patria mia.
De sus bellas, cual tipos ideales,
la inspiracion bebía
y cual magas de formas divinales,
que el corazon adora,
imprimiendo en sus rostros la inocencia
con gracia seductora,
las vírgenes pintó, pasmo del mundo,
ora en trono de luz y omnipotencia,
hollando el cuello del dragon inmundo,
ó en doséles de rayos y de nubes,

rompiendo el vago viento,
coronada de cándidos querubes,
volando al firmamento.

—«o»—

Del Bétis sosegado en la ribera
el eterno cantor, fogoso Herrera,
las cuerdas de su lira estremecía
con entusiasmo ardiente,
y el Dios del genio su inspirada frente
con el mirto ceñia,
con tiernas rosas y laurel fulgente.



Silva cuarta.

En sus murallas el pendon guerrero
brilló, cuando el tirano,
que osó amarrar con su sangrienta mano
á la mísera Europa,
con bárbaro furor sacó su acero,
y, tendiendo la vista hácia su tropa,
"nuestras águilas, dijo, se han mecido
sobre el Wistula y Rhin: despavorido

huyera el mameluco en el desierto,
buscando algun asilo,
cuando miró sus alas tembladoras,
que infundieran terror al polo yerto,
sobre las playas del remoto Nilo.
Nada resiste á mi potente saña:
¡volad, soldados, someted á España!"

—«o»—

Despléganse los bárbaros del Sena
y vuelan á millares,
los templos profanando y los hogares,
á eslabonar en su servil cadena
á la heróica Madrid, que al grito fuerte
de "*¡guerra y destruccion*"! álzase osada,
gritando en contra "*¡libertad ó muerte!*"
"*¡ Muera el déspota vil á nuestra espada!*"
Mas, !ay¡ que ya, apagada
la viva llama que en su pecho ardiera,
triunfaron los traidores;
sucumbieron los ínclitos guerreros,
y con audacia fiera
los galos altaneros
en su sangre tiñeron los aceros.

—«o»—

Sobre miles de víctimas sentados,
ébrios ya de matanzas y de horrores,
y aun sedientos de estragos y clamores,
en crímenes sus pechos empapados,
á su vista aparece,
cual valle ameno, que en Abril florece,
al blando albor del sonrosado dia
la apacible y hermosa Andalucía.
Al mirar sus vergéles encantados,
su purísimo cielo,
dijeron fascinados:
"conquistemos las gracias de ese suelo."

—«o»—

Guadalquivir pacífico se altera
al bélico rumor de los soldados;
retumba el grito infando en su ribera,
el brillo de los sables acerados
en sus olas de plata reverbera.
A Córdoba destruyen: su cuchilla
se blandió sobre el cuello de Sevilla.
Mas ¡oh! sus hijos en la llama ardiendo
de patria y libertad, enardecidos,
la pereza y el ócio sacudiendo,
en tropel polvoroso confundidos,

de Daoiz en la tumba,
y del fuerte Velarde,
juran antes morir que ser vencidos.
"¡Guerra! claman, el déspota sucumba:
que recuerde el cobarde
lo inútil de su bárbara osadía
en los campos sangrientos de Pavía."

—«o»—

El ronco estruendo del cañon retumba,
silban las balas, en los pechos arde
el patricio entusiasmo, y de repente
de pólvora una nube
la tierra envuelve y hasta el cielo sube:
cada muerto del bando castellano
nuevo arrojo y valor presta á su mano.
El galo maldiciente
á tanto esfuerzo su cerviz humilla,
lleno de rabia, confusion y espanto.
Del español en la sudosa frente
el sacro lauro de victoria brilla,
sus ojos vierten de placer el llanto.
Vencieron en la lid la osada gente,
los intrépidos hijos de Sevilla.



Silva quinta.

¡Cuan dulce y melancólica es la idea
que despierta su antiguo baluarte,
esa torre del Oro celebrada,
cuando vista en la noche iluminada
por tibia luna, que el raudal platea
del Bétis silencioso,
un castillo parece suntuoso!
Convida á contemplarte
y hechiza, ¡oh torre! el pabellon vistoso,
que blandamente por el aire ondea,
y se pliega en tu frente vagaroso.
Y la luz que reflejan tus cristales,
cual lánguidos fanales,
las sombras misteriosas,
que dibuja en el muro tu almenára,
presentan á la débil fantasía
en confusa algazara
paladínes y damas amorosas,
en magnífica orjia,
danzando bulliciosas
al compas de dulcísima armonía.
En tí crujen las sedas y brocados,
hierve el vino de Toro,

en copas con reliéves cincelados
de purísima plata,
que el vaiven de blanquísimos plumeros
en su esterior retrata:
alumbran tus salones cien flameros,
los perfuman sobérbios pebeteros.

—«o»—

Mas de pronto una nube pasagera
volando cruza la estrellada esfera,
y envuelve en su cendal la blanca luna
que su brillo perdiera,
y entre mágicas sombras se escondiera.
Desparece al momento
de las risas y danzas el encanto:
el lánguido pendon, que mece el viento,
se cambia al punto en funeral bandera,
y, en vez de alegre canto,
se escucha solo el muribundo acento
de víctima infeliz ensangrentada
de don Pedro al furor sacrificada;
y en tanto el rey con su sonrisa fiera,
con torva vista y con presencia fria
se complace en su bárbara agonía.

—«o»—

Tú, gigante del Bétis, que encerraste
de don Pedro el tesoro,
y mudo contemplaste
de su cetro el desdoro,
eterno vive, para oprobio eterno
del rey tirano, que abortó el infierno.

SILVA SESTA.

¡O cuan grato en su torre celebrada
ver allá lejos vaporosos montes,
y de eterno arrebol los horizontes,
y una vega encantada
de esmeraldas y de oro matizada:
y ver al pié, desde la inmensa altura,
palacios, templos, y jardines bellos:
la ciudad recostada en la llanura,
cual reina poderosa,
que del sol esplendente los destellos
doran en la mañana
con ráfaga vistosa,
fingiendo nubes de jazmin y grana;
ó mil íris de límpidos colores
en el húmedo cáliz de las flores;
á quien alhagan céfiros suaves,
y embelesan con músicas las aves,

y las ondas parleras
del Bétis la adormecen,
cuando besan humildes sus riberas,
ó en el raudal aurífero se mecen.

—«o»—

¡Cuan hermosa, Giralda, en noche oscura
de antorchas circundada,
derramando en el viento lumbre pura,
que temblorosa brilla,
al dar pausados rimbombantes sones
las cien campanas, cuyos ecos zumban
en la imperial Sevilla,
y en los valles retumban,
coronando cornisas y balcones,
anúncian los misterios del cristiano
do sonára la voz del Almuedano.

—«o»—

Duerme gozosa, sí, duerme, Sevilla,
por Hércules soberbio fabricada,
y de muros cercada
por el César romano,
donde ostentosa brilla

la magestad del lujo mahometano:
con tu brillante sol en claro cielo,
con tu esmaltado suelo;
y balsámicas flores,
con tus hermosas inspirando amores,
cuya beldad y nombre se dilatan
al Támesis y al Sena,
en cuyas aguas su loor resuena,
y do siempre se acatan
en galante porfía
las hijas de la bella Andalucía.

—«o»—

Duerme, sí, con tus auras deliciosas,
tus antiguos blasones,
tu Giralda, tus vegas olorosas,
tus rotos torreones,
y templos celebrados,
y palacios y alcázares dorados.
Con los lienzos sublímes de Rivera,
Murillo, Zurbaran y Alonso Cano,
cuyo genio supera
al del pintor del régio Vaticano,
y los pesados mármoles de Herrera,
que respetára el tiempo en su carrera.

Duerme, ciudad de encantos celestiales,
con tu grandeza ufana
enmedio de anchurosos arrabales,
cual hermosa sultana
entre esclavas y aromas orientales.
Y con el Bétis, cuya linfa pura
separando dos pueblos se resbala,
en su márgen vertiendo vida y gala,
cual si, arrastrado de feroz bravura,
asolador torrente,
inmensa sirte de raudal rugiente,
al cielo levantando
su furibunda frente,
en otro tiempo la ciudad rompiera,
y altivo rebramando,
rápido curso á su corriente abriéra
por sus templos y hogares penetrando.

—«o»—

Y ojalá que mi canto eterno sea,
como el célico canto que entonáron,
y que el alma recrea,
con dulce plectro y sonorosa lira
tus hijos, que dejaron
un eco blando, que en los aires gira,

y cuya sien laurea
el mirto y el jazmin, que la rodea.

***



SONETOS.



I.

Al Gran Capitan.

¿Quién arrogante resistirse pudo
del gran Gonzalo á la invencible espada,
sin verse deslumbrado, y en la nada
convertido quedar su ardor sañudo?

¿Quién no le vió triunfante, y en su escudo
no contempló deshecha y humillada
la jactancia del árabe en Granada,
y al altivo frances de espanto mudo?

El mundo absorto lo admiró; y Castilla
por él gloriosa su pendon ondea
de el Alpe helado á la trinacria orilla.

Su nombre eterno entre los héroes sea,
cual sol radiante, que entre soles brilla,
y enmedio de ellos colosal campea.

—«o»—.

II.



Mi dolor.

Cual cierva herida, que corriendo insana,
pretende mitigar su dolor fiero,
que le causára el matador acero,
y en quererlo arrojar pugna, se afana,

Y en vez de hallar alivio, su inhumana
congoja aumenta, y su dolor primero,
llenando con gemido lastimero
el ancho bosque, do viviera ufana;

Así, luchando con la pena mía,
calmar pretendo su rigor sañudo,
y triste aumenta su fatal porfía.

¡No hay solaz para mí! dolor agudo
do quier encuentro en mi desgracia impía,
y do ventura hallé, silencio mudo.

—«o»—

III.

A Sevilla en el año de 1248.

Salve, Sevilla: en tu gigante torre
glorioso esplende el pabellon cristiano,
y vencido el soberbio mahometano,
para nunca tornar deshecho corre.

La sacrosanta fé confunda y borre
el rito, que Luzbel sostuvo en vano:
prosiga triunfador el castellano,
pues que el cielo propicio le socorre.

Ya éres cristiana ¡oh dicha! El orbe entero
al ver la cruz donde imperó el turbante,
la gloria aclama del poder ibero:

Bendice á Dios, y admira un sol radiante
del cristianismo en el invicto acero
de un monarca español, santo y triunfante.

—«0»—

IV.

A Napoleon.

Cual soberbio huracan, que fieramente
las firmes rocas con fragor combate,
é inclina y dobla y triunfador abate
del alto roble la encrespada frente:

Y tras sí vencedor rápidamente
arrastra cuanto encuentra, sin que acate
terrible, arrasador, su airado embate
torres, que el tiempo respetó clemente:

Asi tronó tu voz: y Europa entera
absorta y muda, al escuchar tu acento,
dobló la frente, y revolvióse fiera.

Mas fué impotente su furor crüento:
tus águilas volaron en la esfera,
y el mundo todo se postró al momento.

—«o»—

V.

La despedida de un grande hombre.

Miradlo allí del piélago inclemente
romper las ondas, que huracan furioso
en su seno profundo y borrascoso
agita, rebramando sordamente.

¡Miradlo! él es quien á la hispana gente
conduce á conquistar un anchuroso,
desconocido mundo, que ardoroso
alumbra el sol allá en el occidente.

¡A Dios! Hernan Cortés, gloria de España,
que á pisar la cerviz de un mundo vuelas,
teniendo en poco de la mar la saña:

El viento lleve tus hinchadas velas
al remoto confin, que Atlante baña,
y siempre triunfes, cual heróico anhelas.

—«o»—

VI.

A mi amigo D. Juan Jose Bueno.

.........prius in æquore frondes
glaucus, et in summis nascentur montibus algæ
sospite quàm Scylla nostri mutentur amores.
Ovid. lib. 14.
Metam.

Antes el sol en el cenit ardiente
caduco apagará su eterna lumbre,
bajando al punto de tan alta cumbre
á esconderse abatido en el oriente.

Antes los vastos mares de occidente,
dejando su engañosa mansedumbre,
en montañas de inmensa pesadumbre
el cielo inundarán furiosamente;

Y los orbes tambien con ronco estruendo,
rotos los ejes, que el Eterno guía,
en mil pedazos se hundirán, ardiendo,

Que vacile una vez la lealtad mía,
ó manche mi amistad crímen horrendo
de vil codicia ó falsedad impía.

—((O))—

VII.

Al entusiasmo patriótico.

¿A do se encuentra el corazon cobarde,
que no responde á tu sagrado acento,
de nombre y gloria perenal sediento,
y de invicto valor haciendo alarde?

¿En donde el pecho imbécil, que no arde
en tu divina llama, y sin aliento
la frente hunde en el polvo macilento,
sin que un resto de honor, mezquino, guarde?

Por tí Leonídas con potente mano
triunfó del persa, al encontrar la muerte,
nadando en sangre del feroz tirano.

Y Pelayo por tí con pecho fuerte
la soberbia humilló del mahometano,
librando al godo de su esclava suerte.

—«o»—

VIII.

A D. Alberto Lista, con motivo de la Oda, que presentó a la Academia de Buenas Letras de Sevilla, alusiva a los acontecimientos de Vergara, y felicitando a SS. MM. por tan fausto suceso.

Canta ¡o bardo andaluz! tu voz sonora
los anchos aires de conceptos llene,
y al son del plectro encantador resuene,
ora en blandos acentos, roncos ora.

Vuelve á pulsar la lira seductora,
que al invicto español suspenso tiene,
y su heróico vibrar dulce enagene
al entusiasta pecho, que lo adora.

Tu canto escede al del sagaz Tyrteo
si incítas al combate desastroso,
y, si al amor, al del amante Orfeo.

Mas, si entonas el himno delicioso
de la celeste paz, entonces veo
en tí un destello del creador glorioso.

****

—«o»—

ODA

A ISABEL LA CATÓLICA.

ODA

A Isabel la Católica.

. . . . : justior alter
nec pietate fuit, nec bello mayor, et armis.
Virg. Eneid. Lib. II.

Vuelve, entusiasta lira:
vuelve á mis manos, y tu heróico acento
al númen sacro, que mi mente inspira,
con glorioso ardimiento
benigna y dulce y cadenciosa presta,
y el fuego enciende, que en mi pecho aun resta.

—«o»—

Cede: que tu armonía
rompa los aires, y que eterna siendo
recuerde al mundo el venturoso dia,
en que Castilla, haciendo
al bravo moro deponer la saña
el dueño fué de la opulenta España.

—«o»—

Cantemos, sí, las glorias
de la invencible reina castellana,

que al árabe arrogante cien victorias
arrebató, y ufana
el ceño adusto de la impía muerte
supo menospreciar con pecho fuerte.

—«o»—

Celestial Isabela,
dígnate oir, en donde estés, mi canto:
tu nombre ilustre por los mundos vuela,
y yo ambiciono en tanto
con rudos versos y cansado aliento
darlo otra vez al veleidoso viento.

—«o»—

Tú, al trono de Castilla
sobre un mar de disturbios ascendiste,
y término seguro y cierta orilla
á la ambicion pusiste,
mostrando magestuosa lo que puede
un pecho varonil, que á nadie cede.

—«o»—

Despues al gran-Fernando

diste tu corazon, no tu corona,
teniendo en ménos el reposo blando,
y cual nueva amazona
volaste heróica á la horrorosa guerra,
de pasmo haciendo enmudecer la tierra.

—«o»—

Tu católica mente,
ardiendo en fé sublime, vió á Granada
rendir vencida la soberbia frente,
quedando disipada
su antigua gloria, y su poder temido
al noble impulso de tu ardor perdido.

—«o»—

Mas este pensamiento
no fué ilusion; puesque tu escelsa llama
como el rayo veloz, que rasga el viento
y en su carrera inflama
con fúlgido brillar, é irresistible
fuerza el metal, que destruyó invencible;

—«o»—

En el ínclito pecho
de Fernando tocó, tras sí gloriosa
mil héroes arrastrando, que á despecho
del Africa orgullosa
el muslímico imperio derrocaron,
y tus pendones en la Alhambra alzaron.

—«O»—

Tú al genoves valiente,
cuyo saber profundo escarnecido
fuera tres veces ya, sábia y prudente
oiste, y, entendido
el gran proyecto, que en su mente abriga
por tí, no dudas que triunfar consiga.

—«O»—

¡Oh cual late en mi pecho
el corazon vehemente arrebatado
por tu invicto valor, que encuentra estrecho
el imperio afamado,
que Ebro y Guadalquivir bañan undosos,
en dos mares entrando poderosos!

—«O»—

¡Oh cual arde mi mente
en un volcan de gloria irresistible,
al ver absorto que en tu ebúrnea frente
esplende inestinguible
el mismo fuego, que abatió á Granada,
la cruz dejando en su mezquita alzada!

—«0»—

¡Y al contemplar sobre ella
radiante descender en albas nubes
celeste coro, que la luz destella
de cándidos querúbes,
y en su encantada, angélica armonía
asi te anuncia de tu gloria el dia!

—«0»—

"Salve, reina de España,
á quien el gran Jehová sabio y potente,
de escelsa luz y de virtudes baña
el corazon clemente:
tú que pisaste el bárbaro turbante
clavando en él el lábaro triunfante:

—«0»—

"No vacíles, que es cierto:
hay otro mundo allí, que el mundo ignora:
otro mundo feliz por Dios abierto
con mano protectora
tan solo á tí y á la española gente,
que pisó de Boabdil la impura frente.

—«o»—

Apresta, sí, las naves:
que el blando viento las tendidas velas
hinchará bienhechor, y auras suaves
tus leves carabelas
ansiosas llevarán por mar ignoto,
surcando abismos, al confin remoto.

—«o»—

Asi los querubines
cantaron con acentos melodiosos,
y, al acabar, dos bellos serafines,
volando vaporosos,
sobre tus sienes cándidas pusieron
coronas, que los ángeles tejieron.

—«o»—

Y, llena de entusiasmo,
el vasto imperio de los anchos mares
salvaste, viendo con sublime pasmo
pobladas las polares
regiones, que en tu mente se pintaron,
y gloriosas conquistas te brindaron.

—«0»—

Y vió el onubio puerto
del gran Colon la armada valerosa
lanzarse sin temor al mar desierto,
alzando estrepitosa
grita, que las cavernas repitieron
y las mugientes ondas aprendieron.

—«0»—

Y revolver triunfante
las altas naves hácia el ponto hispano,
despues de avasallar al fiero Atlante
con imperiosa mano
á Cristóbal Colon, en cuya frente
marcial corona rutiló esplendente.

—«0»—

Mas ¡ay! la muerte avara
blandió iracunda su guadaña impía
sobre tu hermosa frente, pura y clara,
y do la llama ardía
de la sagrada fé, que en tí aun destella,
grabó insensible su pesada huella.

—«o»—

Vuelve otra vez al trono,
vuelve y reprime al irritado ibero,
que en sangre tiñe con protervo encono
el homicida acero,
de admiracion estúpida, y profundo
terror llenando el anchuroso mundo.

—«o»—

Y á la reina inocente,
la angélica Isabel, salud de España,
á quien el rudo príncipe insolente
maldice con vil saña,
piadosa inspira tu pensar sublime,
y libra al pueblo, que abatido gime.

—«o»—

Pero tu voz materna
ya no responde ¡ay Dios! al triste llanto
del español, que en su congoja eterna
tu nombre sacrosanto
repite ansioso, y al decirlo funda
su nueva gloria en Isabel segunda.

****



SONETO.



A Cristóbal Colon.

Salve, ¡escelso Colon! vuele tu nombre
por el estenso mundo en mil cantáres,
y al cruzar otra vez los vastos mares
si aun otro mundo ecsiste, que se asombre.

¡Gloria sin fin y perenal renombre
al que en medio de escollos y de azares
llevára del cristiano los altares
al índico confin, oculto al hombre!

Por tí la España la imperial corona
ciñó del mejicano continente,
que el gran Cortés avasalló triunfante,

Y estendió su poder de zona á zona,
sin encontrar quien su invencible frente
mirára altivo con feroz semblante.

—«o»—

ROMANCE.

La hoja del álamo.

ROMANCE.

La hoja del Alamo.

El sol sus rayos vertía
entre nubes de oro y grana,
que esplendente escelso trono
en su curso le formaban,
Sobre la frondosa vega,
rico ornato de Granada,
y su purísima lumbre,
reflejando en las montañas,
Que á la córte de los moros
sirven de inmensa atalaya,
refúlgente despedía
centellas de hermoso nácar.
La brisa apenas las hojas
de los árboles besaba,
dulcemente repitiendo
amorosas esperanzas,
Que algun pecho entristecido
entre suspiros lanzaba,
ó remedando lasciva
los tiernos ayes, que cesala.
Los pintados pajarillos,

corriendo en la verde grama,
en cadenciosos gorjeos
su sencillo amor cantaban;
O ya en melodiosos trinos,
volando de rama en rama,
á su veleidosa amante
melancólicos llamaban.
Y en la dilatada vega
bulliciosos se cruzaban
mil arabéscos azárbes,
llevando cristal por agua.
El fresco y famoso Darro
blandamente susurraba,
jugando en la blanca arena
granos de fúlgida plata;
Y apenas las lindas flores,
que el puro ambiente embalsaman,
con sus cristalinas ondas
muellemente acariciaba:
Y en los vistosos jardines
de Haxaríz, que engalanaba,
las claras fuentes surtía,
que en giros opuestos saltan:
Y al alto Generalife
humildemente acataba,
llevando sus límpias olas

á la deliciosa Alhambra:
Y triunfante y orgulloso
la ciudad atravesaba,
mezclando sus dulces linfas
á las del Genil heladas:
A las del Genil parlero,
que leve espuma rizaba
en las márgenes amenas,
que en sus remansos retrata;
Cuando á la apacible orilla
donde se juntan y enlazan,
de quien odorosas júncias
eran alfombra lozana,
Un mancebo, cuyo garbo
decía su estirpe clara,
con abatido semblante,
presuroso se acercaba.
Un luengo gaban leonado
con rapacejos de plata,
aunque roto y mal traido,
airosamente ajustaba
Su esbelta y gentil cintura,
que cual elegante palma,
que en la llanura campea,
asi erguida se ostentaba.
Cubría un azul birrete

de terciopelo de Baza
sin leves plumas, ni joya
su frente, que el duelo empaña,
El blondo y largo cabello
cayendo en madejas varias
sobre los robustos hombros,
y sobre la enhiesta espalda.
No llevaba al diestro lado
la aguda homicida daga,
ni del siniestro pendía
cortante y luciente espada.
Que iba solo y desarmado
cual cautivo en tierra estraña;
mas, como cautivo noble,
esclavo de su palabra.
Llegó en fin triste el mancebo
á la márgen encantada
de los dos famosos rios,
gloria y placer de Granada;
Y al pié de un álamo blanco,
que su frente al cielo alzaba,
formando un espeso toldo
tegido de verdes ramas,
Sentóse, y por un instante
profundo silencio guarda,
hasta que la voz doliente

y el rostro agitado, esclama:

—«o»—

"Ligera y galante brisa,
que el valle y la vega encantas,
de una flor á otra tendiendo
tus leves y frescas alas;
tú por quien la vida es dulce,
por quien goza alegre el alma
las deliciosas mansiones
que el espíritu embriagan;
lleva mis trístes lamentos
al cándido pecho, virgíneo de Laura,
y bate en su frente tus rápidas alas.
"Mas vuelve luego piadosa,
vuelve y díme si me ama,
como en los felices dias
que eterna fé me juraba:
díme si olvidó al cautivo
que el rey Hacen hizo en Zahara,
y díle, si me ha olvidado
que recuerde que aun soy Vargas.
Díle que su hermano Enrique
murió defendiendo la villa de Alhama,
á tiempo que el moro rendirla juraba;

"Emperó, vé tan callando,
con tanto sigilo marcha,
que nadie sentirte pueda,
que nadie á robarte salga
el tesoro inapreciable
que te confian mis ánsias;
pues, si lo pierdes, mil males
en tal ausencia me causas.
Huye si algun otro viento
sorpresa amorosa falaz te prepara,
y el caro secreto de tí nunca salga.

"Mas ¡ay! escucha, detente,
no des un paso, no vayas;
que está muy lejos mi amante
y son de cera tus alas.
Que ya el sol con llama estiva
tu débil aliento abrasa,
y no resisten su fuego,
cual tú, las sutíles auras.
Quédate en la hermosa vega,
do célica y dulce de amor eres maga,
y bate en mi frente tus rápidas alas.

"Sí; que los sonoros rios,
que ven llorar mi desgracia,
y que la gran ciudad besan
do mora mi bella amada,

se encargarán del mensage,
encerrando en sus entrañas
el depósito adorado,
que de mis lábios alcanzan.
  Y cuando llegue á Sevilla
el tierno billete, que el Bétis aguarda,
saldrá á recibirlo, volando, mi amada."

—«0»—

  Asi habló el jóven cautivo,
y al instante se levanta
del blando y mullido césped
que la pradera alfombraba:
  Toma del *álamo umbroso*
una hoja, en la que graba,
entrelazando las letras,
el nombre suyo y de Laura:
  Y la arroja en la corriente,
que sorprendida se pára,
forma un veloz remolino,
y sepulta en él la carta.

****



SONETO.



A mi amigo D. Antonio Barroso, en la representacion del Macías.

Yo tambien! yo tambien! vibre mi lira,
al sublime tronar de tus acentos,
y repítan los ecos por los vientos
el canto ardiente, que tu génio inspira.

Es Macías aquel! Vedlo: ¡suspira!
son sus penas, su ardor y sus tormentos:
es el doncel: de amor sus sentimientos,
y su convulsa voz, cuando delira.

Lo retrataste tú; cuando estasiado
tu voz de fuego penetró en mi alma
mi pecho de placer arrebatado,

"Tuya es, ó amigo, la gloriosa palma,"
esclamé en mi efusion, entusiasmado,
"orne tus sienes el laurel de Talma."

**

—«0»—

ODA

A LA PAZ.

ODA A LA PAZ

LEIDA EN LA FUNCION PATRIÓTICA DEL TEATRO EN LA NOCHE DEL 10 DE OCTUBRE.

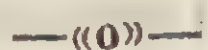
Qué...! no truena el cañon, ni horrible canto
de los montes fragosos se desprende,
ni ráudo el aire hiende
grito de guerra entre la sangre y llanto!
El ronco parche y el clarin sonoro
no incitan á la lid, desde la cumbre
donde el soberbio moro
en bárbara opresora muchedumbre
dobló su orgullo al español bizarro,
y para eterno y sin igual desdoro
paró las ruedas del triunfante carro!

—«o»—

¡No ya con ira el español valiente
el hierro matador blande en su mano,
ni insensato se arroja á la pelea,
que alumbra en torno funeraria tea,
salpicando su frente
con la sangre caliente,
que brota el pecho de su triste hermano!

—«o»—

¡No ya en el viento de pavor ondea
entre nubes de pólvora y de balas,
al eco atronador de cien cañones,
rota bandera, cual oscuras alas
del ángel de esterminio entre aquilones,
que en el humo densísimo se mece,
y al fuego del combate resplandece....!



¡Ah!... no! mil veces no!!! del almo cielo
mágica voz de bienandanza suena,
clamando: "¡paz!" con venturoso anhelo:
rompe la oscuridad radiante aurora,
cuya tinta serena
las altas cimas de Moncayo dora,
y el éter puro de zafir colora.

—«o»—

Cesa el combate, y el fragor se acalla:
atónitos se miran los guerreros,
dudando entre la paz y la batalla,
ociosos los aceros,
hasta que al fin con entusiasmo ardiente,
el corazon latiendo de esperanza,

cada guerrero hácia el contrario avanza,
arroja el hierro impío,
tiende el uno los brazos y, ardoroso,
"¡no mas fiera matanza,
no mas de sangre un rio!"
dice, y el otro al estrecharle ansioso
prorumpe en su efusion "¡hermano mio!!"

—«o»—

El grito "¡no mas lid!" sube á la esfera
présago de contento:
del céfiro sutil al blando aliento
desplégase la nítida bandera,
cual si sus alas de esplendor batiera
entre el uno y el otro campamento
el ángel de la paz cruzando el viento.

—«o»—

¡No mas lid, no mas lid!... los que vencieron
en Huesca, y en las Navas y el Salado,
y ante sus pies postrado
en la heróica Bailen al galo vieron,
y cenizas sus águilas hicieron:
los hijos de Rodrigo y de Pelayo,

de Alfonso y de Gonzalo no nacieron
para lanzarse el rayo,
y destruirse en fratricida guerra...!
¡patria y union! y os temblará la tierra!!!

—«o»—

"¡Union, paz, libertad,!" no mas á España
dias de luto, de afliccion y encono!
¡No sangre inunde su feraz campaña!
Y la discordia con inútil saña
desde su negro trono,
á la par del tirano fanatismo,
por siempre caiga en el profundo abismo!

—«o»—

"!Paz, union, libertad!" rápido suene
desde el Bétis al Tájo ondisonante:
desde el Turia y el Ebro hasta el Pirene:
y que el bardo español sus glorias cante,
ceñido de laurel, de oliva y rosa:
su lira sonorosa
el dulce canto de la paz levante!
Y....oh! que el infierno en su furor confunda
al que la guerra y desunion difunda!

—«o»—

"¡Por siempre paz! los repetidos sones
de mil campanas en los aires zumben;
palpiten de placer los corazones:
¡ciudadanos! mil cánticos retumben
en eterna magnífica armonía!
¡Gloria y laurel á nuestra invicta tropa,
y el venturoso dia
en su salva el cañon anuncie á Europa!

**



SONETO.

A Dios.

¡Gloria, gloria, señor, á tí que lleno
de magestad la dilatada esfera
sembraste con la luz en tu carrera,
al mar fijando su profundo seno!

Tú eres el mismo que de inmundo cieno
hiciste al hombre y la creacion entera;
y á Moisés en Siná las tablas diera
del rayo al brillo, y al mugir del trueno.

A la voz de tu labio omnipotente
se prosternan los ángeles del cielo:
su estruendo acalla el bramador torrente:

Tiemblan los órbes, se desgarra el velo
del porvenir, y su soberbia frente
el reino del terror clava en el suelo.

**

—«O»—

A S.***

en sus días.

A S.*** (1)

EN SUS DIAS.



¿Que mano celestial pone en mi frente,
desciñendo el cipres que la sombrea,
el mirto floreciente,
que al dulce soplo de la brisa ondea,
mis cabellos besando blandamente?
¿Que mano celestial mi labio toca,
abierto solo al lánguido suspiro,
imprimiendo las risas en mi boca,
y el placer divinal, que hora respiro?
¿quién á mi alma la ilusion presenta,
y el lloro amargo de mi pecho ahuyenta?

—«O»—

¿Quién hace aparecer ante mi vista,
en vez del rayo que las rocas hiere
y de los mares el rugiente trueno,
cuando no hay quien resista
el ola horrenda, que en las playas muere,
cielo apacible, en cuyo azul sereno
flotan nubes de fúlgida amatista,

en calma límpios mares,
que el puro rayo de naciente aurora
tiñe de azul y sus raudales dora,
plegados por un viento de azahares?

—«o»—

Un genio fué, que del radiante cielo
en albas nubes descendió, cercado
de luz resplandeciente,
hasta el florido suelo;
de brillantes estrellas coronado,
el blanco seno de marfil luciente
con un leve cendal casi velado,
y el nítido cabello dado al aire,
en la espalda jugando con donaire:
batió sus olas, cuyas blancas plumas
de violetas y rosas matizadas
con los vivos colores,
que el íris luce, en derredor pintadas,
vencen en sutileza las espumas,
que allá forman las mares sosegadas,
cruzó los aires despidiendo albores
vertiendo perlas, y regando flores.

—«o»—

Con su mano encantada
tocó mi frente yerta,
dejando el alma en ilusion bañada;
y en mi pecho nació la llama muerta
de inspiracion sagrada.
En mis trémulas manos puso ledo
magnífico laud de oro encendido
y nácares rosados,
de jazmines blanquísimos ceñido,
con rosas purpurinas enlazados,
señalándome ufano con el dedo
un fantasma amoroso,
casi envuelto en celage candoroso
y así dijo, en su labio la sonrisa,
su acento misterioso,
leve hiriendo las alas de la brisa.

—«o»—

"Canta su gracia y belleza,
desdichado trovador,
abandona la tristeza:
ciñe el mirto á tu cabeza,
dando treguas al dolor.
Ese laud delicado
pulsó Tíbulo amoroso,

cuando á su Delia estasiado
cantó en acento acordado
con un eco melodioso.
Petrarca pulsólo un dia
para cantar á su Laura;
y su dulce melodía
en los bosques se perdia,
al par del gemir del aura.
Canta pues: tu voz eleve
himno plácido de amor;
y que el céfiro lo lleve,
cuando gracioso se mueve,
á su pecho seductor."

—«o»—

Cedí sin resistencia á mi destino,
á su voz cariñosa obedeciendo,
las auríferas cuerdas recorriendo
de su laud divino;
probé á cantar la inspiracion, que ardía
en mi frente: la llama abrasadora
mi pecho enardecía,
al contemplar la sombra seductora,
que enmedio de la niebla se mecía;
con mano débil el laud pulsára,

y hé aqui el himno amoroso que cantára:

—«o»—

"Cual magnífico espejo del cielo
brilla en calma la mar dilatada,
besa el ola serena y plateada
sus orillas de grato verdor.
El rumor, que, al quebrarse sus aguas,
blandamente en la playa resuena,
arrollando la fúlgida arena,
es un himno ferviente de amor.

Yo no tengo, anegado en el lloro,
que derrama mi fiel corazon,
ningun alma, que fiel me consagre
un ardiente suspiro de amor.

De los aires el grato murmullo,
al mecerse en la copa elevada
de algun árbol en noche callada,
ó en el seno de cándida flor;
Al lucir en el plácido oriente
entre nubes de grana encendida
la alborada, que al sueño convida,
es un ¡ay! cariñoso de amor.

Yo no tengo, anegado en el lloro,

que derrama mi fiel corazon,
ningun alma, que fiel me consagre
un ardiente suspiro de amor.

De la tórtola triste el arrullo
que se escucha en la selva sombría,
de los cantos la suave armonía
del parlero fugaz ruiseñor;
Cuando encima de rama flotante,
salpicada de fresco rocío,
se deleita en la linfa del rio,
un acento precioso es de amor.

Yo no tengo, anegado en el llòro,
que derrama mi fiel corazon,
ningun alma, que fiel me consagre
un ardiente suspiro de amor.

Ondas, auras, y trinos graciosos
que las aves entonan del prado,
de azucenas y lírios sembrado,
en su tierno apacible rumor,
Semejando una voz deliciosa,
que por siempre un acento murmura,
son un himno eternal de ventura,
son un himno perenne de amor.

Yo no tengo, anegado en el lloro,
que derrama mi fiel corazon,
ningun alma, que fiel me consagre
un ardiente suspiro de amor.

¡Ay! el alma, de amores sedienta,
misterioso fantasma, te adora!
¡ay! se anima tu faz seductora;
corresponde tu pecho á mi ardor!
Besa, besa mi trémulo labio;
toca, toca mi frente marchita;
hay aquí un corazon que palpita,
y está ardiendo en la llama de amor.

Y tendré quien enjugue mi lloro;
quien solace mi fiel corazon;
tendré un alma, que fiel me consag
un ardiente suspiro de amor."

—«O»—

¡Desperté! ¡Desperté! todo fué sueño:
el fantasma buscó mi vista errante;
y el paisage risueño,
el genio alado y el cenit radiante,
todo desparecció; pero alhagüeño,

tu nombre seductor queda en mi mente,
mis sentidos halaga,
murmura en torno de mi helada frente,
y por el aire vaga:
tu nombre ¡ó Dios! El alba sonriendo,
al ecsalar perfumes delicados,
al nacer saludó tu natal dia.
Y esa sombra encantada
que mis versos llenaba de armonía
y acentos acordados
á mi laud prestaba: el genio grato,
que en régia pompa y celestial ornato
del cielo descendió, vertiendo amores,
con brillante aparato,
entre guirnaldas de olorosas flores,
fuiste tú, bella maga seductora:
mi canto es tuyo; el corazon te adora.

**



ROMANCE MORISCO.

ROMANCE MORISCO.

Varium et mutabile semper, fœmina.
Virg. Lib. IV. Eneid.

"Zoraima, bella Zoraima,
luz y encanto de mis ojos,
gala de la hermosa Vélez,
llave del imperio moro:
Tú, por quien diera mis lanzas
mis caballos y tesoros:
por quien la vida perdiera
en combates espantosos:
Tú, por quien arde mi pecho
en un volcan amoroso,
por quien detesto las zambras,
por quien las hermosas odio;
Abre ese algimez, señora,
depon ya tu injusto enojo,
y, si en algo te he ofendido
dí piadosa "te perdono."
Pues no es justo que en tu pecho
se abrigue tan duro encono,
porque es muy tierno, Zoraima
y no ha de ser rencoroso.
Si me venció en la sortija,
si fué mas diestro en los toros

el gallardo Aben Audalla,
ó anduvo mas venturoso;
Dime ¿quién rompió mas lanzas,
quién arrojó mas bohordos,
ni quién revolvió el caballo,
cual yo manejé mi tordo?
¿Quién se mantuvo en la silla,
ni quién resistió sañoso
la pujanza de mi brazo,
al juntarse entrambos potros?
Responde, muger ingrata,
responde, y dime si el *Moro*
tiene otra lanza mas fuerte,
ni otro corcel mas fogoso.
Que si conoces alguno,
(cual yo no lo reconozco)
puedes nombrármelo, y luego
probaré su esfuerzo ignoto.
Dí si en Granada encontraste
alguno mas bravo; y pronto
iré volando á Granada
y aquí le traeré furioso.
Que no corriendo sortijas,
ni lidiando erguidos toros
se dan pruebas de valiente,
sino en lances peligrosos:

Al frente de los cristianos,
cuando, esparciendo el asombro,
talan nuestras ricas vegas,
mostrando invencible arrojo.
Y que ¿olvidaste Zoraima,
los opulentos despojos,
que en los malagueños montes
gané al cristiano orgulloso?
¿O no tienes cien cautivas
de noble alcurnia y remoto
suelo, que mudas te sirven,
que te ofrecí victorioso?
Mas ¡ay! que sorda á mis ruegos
me escondes, Zoraima, el rostro,
y está tu algimez cerrado,
por mas que humilde te imploro.
Mas que mucho, si al fin eres
muger, que está dicho todo;
y como tal veleidosa,
porque sabes que te adoro.
¡*Alá achbar*! ingrata mora;
mientras despechado corro
á encontrar con los *infieles*,
que nos vencen poderosos:
Mientras á la invicta Ronda,
que asedia el cristiano, acorro,

gózate en mi desventura
y en mi tormento rabioso.
Mas si algun dia triunfante
al pié de estos muros torno,
y fiel entónces recuerdas
mi amor, si tal dicha logro......
Cambiáranse en regocijos
las endechas, que hora entono,
y ante tus plantas postrado
viviré, muerto de gozo."

—«o»—

Esto Hamet Zegrí decia,
el fiero alcaide de Ronda,
junto á la plaza de Vélez,
montando una yegua torda.
Y, así que hubo concluido,
á riendas sueltas galopa,
saliéndose de la villa,
do queda su ingrata mora.

****



A MI AMIGO

D. Antonio Maria Esquivel.

ABÚ SAID EN SEVILLA.

1362.

A MI AMIGO

D. Antonio Maria Esquivel.

Abú Said en Sevilla.

1362.

ROMANCE 1.°

La llegada y el recibimiento.

Al arma, al arma sonaban
los pífanos y atambores;
guerra, fuego, y sangre dicen
sus espantosos clamores.
Rom.° del Cid.

Ocho á ocho, y diez á diez
Sarracines y aliatarès.
Rom.° Gral.

Ya el sol entre rojas nubes,
que encendieran sus reflejos
al descender á occidente,
su lumbre robaba al suelo,
Y la silenciosa noche
con su funeral aspecto
iba llenando la tierra
de sombras y de misterios;

Cuando en la ciudad famosa,
que en Guadalquivir su asiento
tiene, alzóse vocerío
entre el bullicioso pueblo,
Al saber que se acercaban
á sus muros cuatrocientos
de los mas gallardos moros
que vió el castellano imperio.
Unos aquí presurosos,
de espanto y de terror llenos
corren, mientras otros gritan:
"al arma, al arma, volemos."
Acullá un grupo se mira
de hombres armados, que ciegos
piden un gefe, y al punto
volar al combate fiero.
Caminan mas adelante
otros, y al alcázar régio
llegan, prodigando *vivas*
al temido rey don Pedro.
Pero de pronto aparece,
escoltado por maceros,
Lope Ferrandez Balbuena,
é impone á todos silencio.
Callaron: y en altas voces
dice: "con airado ceño

el rey os escucha, y manda
que depongais al momento
Tanto ardor, con esas armas,
que ostentais fuera de tiempo;
porque el moro que se acerca,
de paz viene, aunque es guerrero."
Un sordo murmullo entonces,
por los grupos discurriendo,
en inquietud y afan trueca
el susto y furor primero.
Despues, alegres dejando
todo aparente recelo,
van en busca de los moros,
ansiando ya solo el verlos.
Y ora empujándose, y ora
unos tras otros corriendo,
por ir delante disputan
los jóvenes y los viejos.

—«O»—

Es el moro granadino,
y en su respetable aspecto
que es un alto personage
se conoce desde luego.
De una yegua berberisca

rige el espumante freno,
deslumbrando el atavío
de sus ricos ornamentos.
Cubre y ciñe su cabeza
un turbante, cuyo precio
los moros mas entendidos
á fijar no se atrevieron.
Vuela en su cima un penacho
de verdes plumas, y enmedio
una negra sobresale,
que encierra un triste misterio.
Lleva una blanca marlota,
orlando su espalda y pecho,
de aljófares empedrada
y de esmeraldas á trechos.
Cuelga un damasquino alfange
de su cintura, y cubiertos
de grandes topacios, brillan
puño y gavilan á un tiempo.
Una cortante gumía
sostiene en su lado diestro,
ricas piedras en su vaina,
bordadas letras fingiendo.
Un verde albornoz encubre
toda su espalda, y cayendo
sobre el borren de la silla

oculta el blanco gregüesco.
Datilados borceguíes
lleva, en los que van sujetos
los acicates de oro
aguzados y sangrientos.
Mas en su afligido porte,
y en su rostro macilento
deja ver, que tiene oculto
grande pesar en su pecho.
A implorar viene el amparo
del famoso rey don Pedro,
y en su demanda le siguen
sus mas allegados deudos.
A la puerta de Carmona
(que ocupa concurso inmenso)
con los suyos se encamina,
en buen órden y en silencio.
Mas, al llegar á su frente,
detiene al bruto, y suspenso
por un instante se queda,
como á quien falta el aliento.
Despues, vuelto en sí, las manos
unidas levanta al cielo,
y con voz llorosa esclama,
de congoja y dolor lleno:
"O tú, Sevilla la hermosa,

que largos años el cuello
doblastes en la presencia
de mis dichosos abuelos;
"Mírame: yo desdichado
el socorro á pedir vengo
de los mismos, que tú entónces
tuviste orgullosa en menos."
Dice: y clava el acicate
en el ancho hijar del fiero
caballo, y retiembla al punto
bajo sus plantas el suelo.

—«o»—

Del alcázar sevillano
en un salon arabesco,
sentado en un rico trono
está el jóven rey don Pedro.
Tiene en su augusta cabeza
la corona, que ciñeron
los invencibles Alfonsos,
y en su mano diestra el cetro.
Cubre un purpurino manto
de seda sus hombros régios,
y quebrándose en las gradas,
besa el ancho pavimento.

Un azul tabardo viste,
en que relucen á trechos
los leones y castillos,
que son timbres de su reino.
Una formidable broncha
brilla en su cinto, esparciendo
la indignacion y el espanto
sus deslumbrantes destellos.
Y cubre la roja banda,
tan apreciada, aquel pecho,
en que horrorosos combaten
encontrados pensamientos.
A sus lados los maestres,
don Garcia de Toledo,
y don Diego de Padilla,
(que alcanza gran valimiento)
Estan; y les acompañan,
con otros grandes del reino,
Juan Alfonso de Mayorga,
y Pero Gomez Sarmiento.
Mas adelante se miran
Nuño Rodriguez Izquierdo,
y Martin Lopez de Córdova,
que del rey es repostero.
Y se vén por fin los nobles
de mas ilustre abolengo.

formar dos filas, cercados
de otros nobles palaciegos.

—«o»—

Llegó el moro á la presencia
del castellano don Pedro,
seguido tambien de nobles
granadinos caballeros.
Y despues de saludarle,
con muestras de gran respeto,
asi le dijo, doblando
las rodillas hasta el suelo:
"Potente rey de Castilla,
gran príncipe, á quien el cielo,
para dar, puso en el trono,
de reyes al orbe ejemplo:
"Tú, á quien el mundo conoce
por valiente y justiciero,
y que nunca has desmentido
un tan glorioso concepto:
"Mira otro rey á tus plantas,
que humilde te implora, y cierto
viene de encontrar aucsilio
en tu magnánimo pecho.
"Sé que eres justo, y por tanto

que me devuelvas espero
la posesion de la Alhambra,
y de mis padres el cetro,
"Que un vil traidor usurpado
me tiene contra el derecho,
que me concede la sangre,
que de altos reyes heredo."
Calló el rey moro: y al punto
le contestó el rey don Pedro,
aunque con el rostro afable,
con tono de voz siniestro:
"Es mi timbre la justicia....
dias há nos conocemos,
y no penseis que olvidado
hé la obligacion, que os debo....
"Descansad: que en la mi córte
encontraréis, os prometo,
de vuestros grandes servicios
el bien merecido premio."
El rey dijo: hizo una seña...
don Garcia de Toledo
llevóse á su casa al moro
para honrarle con festejos.

ROMANCE 2.º



La órden, y la prision.

No se puede llamar rey,
quien usa tal villanía.
Rom.º Gral.

No bien hubo el gran maestre
del régio salon la puerta
traspasado con los moros,
que amparo seguro esperan;
Cuando el feroz rey don Pedro,
una mirada siniestra
lanzando sobre los grandes,
con que los pasma y los hiela,
Manda que le dejen solo,
baja del trono, y empieza
consigo un fiero combate,
que al de un precito asemeja.
Ya, presuroso cruzando
el ancho salon, se queda
pensativo: y furibundo
murmura, acciona, vocea,
Se pregunta, se responde,
jura, maldice, blasfema,
vuelve á correr, y se para,

y vuelve á pensar... y tiembla.
Ya con ademan furioso,
lo que aprobó, desaprueba,
y hace de muchas palabras
una incomprensible mezcla,
En la cual se oyen á veces
nombres, y frases diversas,
como: paces deshonrosas,
Aragon, Jumilla, afrenta,
Granada, Guadix, venganza,
Mahomad, gratitud, riquezas,
justicia, honor castellano,
rabia, compasion, y mengua.
Pero de repente brillan
sus grandes ojos: serena
su descompuesto semblante,
cual si un triunfo consiguiera;
Y gritando "¡¡Martin Lopez!!"
se dirige hácia una puerta,
y"¡Martin Lopez!!." repite,
y su voz la estancia llena.

—«o»—

Llegó entanto don Garcia
á su palacio, do encuentra

á Martin Lopez de Córdova,
quien haciéndole una seña,
Le separó de los moros,
que afable consigo lleva,
y con recato y misterio
en voz tan baja, que apenas
Don Garcia la percibe,
le dijo "don Pedro ordena
que esta noche en vuestra casa
al moro Bermejo prenda.
—"¿El rey lo manda?' decidle
que es de los nobles afrenta
el quebrantar la palabra:
decidle que yo...—La lengua
"Detened, el de Toledo:"
repuso Lopez "me fuera,
si en mucho no os estimase,
perderos fácil empresa.
"Pero tened entendido,
que cuanto don Pedro ordena
es obedecido siempre...
¡infeliz el que se atreva!!.."
No dijo mas: don Garcia
tampoco le dió respuesta,
y los dos se separaron,
dando fin á tal escena.

—«o»—

Mientras el rey de Granada,
lleno de placer, conversa
con los pages castellanos,
que solícitos le cercan,
El maestre de Santiago,
meditabundo, las cejas
frunce, arrugando la frente,
y cual azogado tiembla.
Mas de repente saliendo
de aquel estupor, su diestra
levanta al cielo, y esclama
resuelto y con voz entera:
"¡Don Pedro!! esta alevosía
sobre mis hombros no pesa:
tan solo vos sois culpable
ante Dios, y ante la tierra."
Dice: y disponiendo al punto
que sus donceles diviertan
al moro, segun la usanza
de aquel tiempo de rudeza,
Dá á su alterado semblante
mas tranquilas apariencias,
y con grave continente
al rey Bermejo se acerca.

—«o»—

Yace en profundo silencio
y quietud la ciudad mesma
en cuyas calles y plazas
mil gritos antes se oyeran.
Tan solo de vez en cuando
se escucha bajo una reja
algun laud sonoroso,
que mano amorosa templa.
Tan solo se oye un suspiro,
que de vez en cuando suena,
como arrancado de un pecho,
que ansioso á su amante espera.
Mas en tanto el gran maestre
de Santiago festeja
en su palacio al rey moro,
y á los que con él vinieran.
Sirven allí nobles pages
abundante y rica cena,
sin contrariar las costumbres
y musulmanas creencias.
Yantan sentados los moros
de su señor á la mesa,
y guardan todos silencio,
porque estan en su presencia.
Y, mientras que todos comen
con apetito, él no prueba

ningun manjar, y revuelve
mil encontradas ideas.
Ya, vencedora en su patria,
lleno de gozo, contempla
alhagada por los vientos
su desplegada bandera,
Y oye que su nombre ilustre
por los ámbitos resuena
de su Granada querida,
de su Alhambra la soberbia.
Ya el semblante de don Pedro
en su mente representa,
que con siniestra sonrisa
le da esperanza y le aterra.
Y, observando el gran misterio,
que, no ha mucho, le rodea,
el golpe funesto teme
de maquinacion secreta.
Quizá la traicion inicua,
que usó don Pedro, recuerda,
con don Fadrique su hermano,
y, al imaginarlo, tiembla.
Mas de improviso el estruendo
de armas y pasos resuena,
y cámbianse en realidades
las que antes fueron sospechas.

Pues mira espantado el moro
abrir con furia una puerta;
precipitándose al punto
muchos soldados por ella.
Y escucha que Martin Lopez,
de los guerreros cabeza,
con voz terrible le grita:
"¡preso, rey Bermejo, quedas!!"
Despues, suspirando, duda,
pregunta, ecsige respuesta,
y oye que sus voces sirven
á los soldados de befa.
Vé que sin piedad maltratan,
como si culpables fueran,
á los nobles granadinos,
que leales le siguieran;
Y, su clamor desoyendo,
entre alabardas le llevan
á la Atarazana, en donde
en oscura prision queda.

—«o»—

¡Mal haya quien en tiranos
funda sus dichas, y espera
que fieles una vez cumplan
palabras, que infieles dieran.!

ROMANCE 3.°

UN BOTE DE LANZA EN TABLADA.

Rey que la palabra miente
¿que mal habrá que no haga?
Rom.° Gral.

Entre dorados celages,
que tibio fulgor arrojan,
alza su espléndida frente
el sucesor de la aurora.
Y con sus rayos al mundo,
que muerto en el sueño posa,
con su luz el movimiento
y la vida á un tiempo torna.
Brillan en la alta atalaya
los globos, que la coronan,
y la arrogante Sevilla
su orgullo otra vez recobra.
Cruzan sus estrechas calles
dueñas y damas hermosas,
que mil corazones prenden
en las redes de sus tocas.
Crúzanlas tambien doncéles,
caballeros, gente mora,
de Portugal, de Navarra,

de Leon y Barcelona.
Aquí un corrillo se junta
de las castellanas tropas,
y despues que han murmurado
palabras de mucha monta,
(Segun es grande el recato
con que las dicen sus bocas)
un disgusto incomprensible
en sus semblantes se nota.
Allí los moros preguntan
sin que nadie les responda,
y abochornados se apartan
de quien los oye, y ensorda.
Mas allá dos caballeros
disputan y se acaloran,
y cada cual en su aucsilio
las leyes del reino invoca;
Pero de pronto unas voces
tan varias escenas cortan,
y ¡*el rey Bermejo*! se escucha,
y á verlo todos se agolpan.
¡Infeliz rey! en un asno
por vilipendio le montan,
y por burla unos vestidos
de *escarlata* le acomodan.
Y tras él sus caballeros

van tambien siendo la mofa
de un populacho, que imbécil
aclama al mismo que odia.

—«o»—

Sobre un alazan gigante,
que muerde el freno, y encorba
con arrogancia los brazos,
y, al asentarlos, arroja
Mil chispazos centellantes,
sale con augusta pompa
el rey don Pedro, á quien sigue
comitiva numerosa.
A sus lados don García
y Martin Lopez de Córdova
marchan, el uno risueño,
lleno el otro de zozobras.
Cabalgan los dos en yeguas,
la una blanca, la otra torda,
y un pintoresco contraste
con el régio bridon forman.
Preside la comitiva
Juan Alfonso de Mayorga,
que con gran trabajo y maña
el paso á su overo acorta.

Y van en ella doncéles,
cuyos vestidos blasonan
de ser nobles, y opulentos
por sus bordados y joyas.
Detras de todos se mira,
llevando una lanza corta,
un paje del rey don Pedro,
que Alvar Gonzalo se nombra.
A Tablada se dirije
el rey con su altiva escolta,
donde dar al mundo espera...
una leccion horrorosa.
Donde Bermejo y sus nobles
por momentos ambicionan,
que sus verdugos terminen
con sus vidas, su deshonra.

—«o»—

Por entre un mar de cabezas,
que se agitan, cual las olas
del Occéano furioso,
se abre el rey paso, y asombra
A cuantos allí le miran,
que su presencia orgullosa
no esperaban en un sitio

do la *Alteza* se desdora.
Unos, al verle, en voz baja
dicen que al moro perdona,
y se fundan en que muestra
su faz risueña y gozosa.
Otros, quizá mas ladinos,
dicen y afirman encontra,
y que aquel rostro alhagüeño
tiene un corazon de roca.
Pero entre todos un hombre
rechoncho y de faz rugosa,
que por su humilde vestido
ser indigente denota,
Repara que Alvar Gonzalo
lleva una lanza, y le choca
que un real page de tal modo
asista á las ceremónias.
Así lo siente; y al punto
hace que la turba toda
lo repare; y con misterio
que vuele de boca en boca;
Sembrando en algunos pechos
admiracion silenciosa,
y horrenda ansiedad en otros,
que tantas crueldades ódian.
Entretanto el rey don Pedro,

en cuyo rostro rebosan
el placer y la venganza
mas vil, y que mas deshonra
A un monarca de Castilla,
su lanza pide, y galopa
hácia el rey moro, que triste
muertos á los suyos llora.
Enristra el agudo hierro
y, al dar con Abú, lo embota
en su pecho, que un torrente
de sangre al momento brota.
Y al herirle, con sarcasmo
le dice: "Bermejo, toma
en buen pago de las paces
que por tu causa sin honra
Con el rey de Aragon hice"
y el moro responde:" poca
ganas don Pedro en dar muerte
á quien rendido te implora."
Despues, anegado en sangre,
de Alá la clemencia invoca,
y con sus convulsas manos
su pecho rasga y destroza.
Mas en tanto el rey don Pedro
con arrogancia su obra,
lleno de placer, contempla,

y en ver la sangre se goza;
En seguida su caballo
vuelve, y tranquilo se torna
á su alcázar, donde espera
que celebren su VICTORIA.





LO PASADO.

Lo pasado

¡Cuantos siglos de gloria y de ventura,
de guerras y de horrores, en su seno
oculta lo pasado
con la niebla velado
del olvido entre sombras y tristura,
de los escombros de los pueblos lleno!
Cien naciones y cien del orbe espanto,
señoras de los mares,
yacen envueltas en tu denso manto,
sumidas en el polvo de sus muros:
cayeron á millares
sus templos, sus almenas,
sus palacios marmóreos mal seguros,
cayeron por el suelo:
en luto y desconsuelo
no ven los tristes ojos mas que arenas
arrastradas del viento,
con raudo movimiento
surcar el aire en cálidos turbiones
por el desierto llano,
cual si quisiesen en su orgullo vano
levantar otra vez los torreones,
que derribára la incansable mano

del tiempo en su carrera.
Mas ¡ay! que cesa el huracan violento,
torna otra vez la soledad, que hubiera:
¡ruinas! ¡desolacion! ¡pavésas frías
de pueblos que ecsistieron
en mas felices y risueños dias,
cuando ceñidos de lauréles fueron!
¡su poder, sus riquezas se acabaron,
sus cetros de diamante se quebraron!

—«o»—

Yace en lo que pasó Troya abrasada,
monton opaco de cenizas yertas;
desquiciadas de Tébas las cien puertas,
y su soberbia mole derribada.
¡Babilonia! ¿do está ciudad grandiosa,
reina y señora del asirio suelo,
do está la antorcha del profano velo,
que ardiera en tus altares luminosa?
Retemblando ruinosa
la mole de tus muros invencibles
caen, y se desploman, y se hunden,
cual montañas terribles,
que levanta, al mujir, la mar furiosa,
caen en tumbos horribles,

y en el piélago inmenso se confunden.
Con trémulo pisar...... despavorida
fuiste á hundirte en los senos de la nada.....
allí está tu esplendor, allí tu vida,
tu diadema está allí pulverizada.
Solo queda memoria de tu orgullo,
cual la púrpura resta en abandono
del que baja á la tumba desde el trono.

—«o»—

La sábia Atenas y la antigua Roma,
rotos los mantos de purpúrea seda,
desprendidas las perlas de sus frentes,
duermen en lo pasado: ¿qué les queda
del oro que brillára en sus pendones,
en las armas y cascos relucientes
de mil y mil valientes,
que inundáran de sangre las naciones,
que temblaron al ver sus campeones?
Todo en lo que pasó. Fídias, Apéles,
Herodoto, Virgilio, Jenofonte,
Horacio, Esquilo, Hesiodo, Anacreonte,
Píndaro, Homero, Plauto y Praxitéles
son génios que pasaron,
cual estrellas de luz el horizonte,

y un tesoro en sus obras nos dejaron.
Mústios, secos de César los lauréles
estan en lo pasado;
Desierto está de Roma el capitolio,
rotas las gradas del soberbio solio.

—«o»—

¡Jerusalen! ¡Jerusalen sublime!
¿donde estan tus soldados, tu riqueza;
donde el templo de célica grandeza,
cuya ruina oprime
el alma del incrédulo judio,
que espera en su delirio ver alzadas
las columnas del templo sacrosanto,
dulce presagio de misterio impio?
Las piedras destrozadas,
que humedeciéra el llanto
del profeta en sus místicos cantares,
que vieran algun dia
al Dios, que se venera en los altares,
del Gólgota en la cumbre
convulso reluchar con su agonía;
velar del sol la lumbre,
y estremecer la tierra y firmamento.....
¡Ah! nunca volverán á erguir su frente!

Hoy revela un peñasco macilento,
á la futura edad, y á la presente
la magestad del templo ya pasada,
su gloria, su esplendor; que es polvo, nada.

—«o»—

Hubo un tiempo, grabado en la memoria
del español y de la indiana gente,
que recuerdan los fastos de la historia,
en que Colon valiente,
combatiendo las olas espumantes,
lanzóse á un nuevo mundo,
que vió flotar triunfantes
las gallardas banderas de Castilla.
Un pensamiento brilla
de Cortés en la mente, y, sitibundo
de glorias y de honores,
rompe los mares, y se afana, y llega
al confin mejicano; el campo riega,
del indio embrutecido entre clamores,
con roja sangre; rompe de sus reyes
los magníficos tronos: caen por tierra
los profanos altares, ¡guerra! ¡guerra!
retumba el mejicano continente:
y al fin sucumbe, recibiendo leyes

del monarca español: su fiera saña
rindió ante el cetro de la escelsa España.
¡Recuerdos de placer! ¡patria querida!
recuerdos de tus glorias y venturas!
todo despareció, ya esta perdida
la antigua magestad de tus blasones,
y el valor de tan bravos corazones.

—«o»—

"¡Napoleon! ¡Napoleon y guerra!"
pronunciado en las lides de la Francia
del un polo hasta el otro de la tierra
con soberbia arrogancia,
entre pólvora, y fuego, y bayonetas,
al tronar de mil bronces disparados,
y al tañer de tambores y cornetas
por millares de impávidos soldados!
"¡Viva Napoleon!" resonó un dia
en la márgen del Nilo silencioso
con bárbara alegria,
y "¡viva!" repitieron
los ámbitos del mundo, que lo oyeron.
¡Ya murió! ¡ya murió! su frente helada
no medita en combates, ni en imperios;
ni reflejan los brillos de su espada

en los mares de entrambos hemisférios.
¡Solo queda al señor de mil naciones,
vencedor de Austerlitz, Marengo y Jena,
un lloron y una tumba en Santa Elena!!!

—«O»—

Todo está en lo pasado:
envolverán sus sombras lo futuro.....
¡yo tambien olvidado
por siempre dormiré en su centro oscuro!
Vá escrito" perecer" en la ecsistencia,
basta vivir para temer la muerte:
que es decreto eternal, dura sentencia,
que pesára en la suerte
de los hombres y el mundo dilatado.
Tan solo Dios, en cuya eterna mente
el hondo porvenir está presente,
y el presente es pasado,
seguro está de su dominio horrendo.
¡Y cuando en trozos mil los orbes rompa
el ronco estruendo de tremenda trompa,
tambien caerán ardiendo
en sus senos profundos
rotos los ejes de desiertos mundos!!

AL VERANO.

Romance.

AL VERANO.

ROMANCE.

..... Canis œstivos ortus vitare sub umbra
Arboris, ad rivos prætereuntis aquæ.
Tib. Eleg. I.

Ven, delicioso verano,
con tus risas y tus fiestas,
con tus soles ardorosos,
y con tus lunas serenas.
Con tu cielo despejado,
que en las aguas se refleja
de algun arroyuelo manso,
que murmura entre guijuelas:
y con tus brisas templadas,
que en el seco prado juegan,
formando mil remolinos
con las tostadas arenas;
O moviendo dulcemente
las aguas á las riberas
de algun sosegado rio,
cuyas límpias ondas pliegan,
que cediendo blandamente
humildes la orilla besan.

Ven, no tardes: que es muy grato
gozar tus tranquilas siestas,
y tus lucientes auroras
en umbrosas arboledas,
al ruiseñor escuchando,
que con música hechicera
entona graciosos trinos,
ó exhala lánguidas quejas,
columpiándose en las ramas
de alguna florida adelfa;
ó si vaga por el valle
entre la quemada yerba,
haciendo ténues gorjéos,
saltando de piedra en piedra;
ó internándose en las calles
de verdes parras cubiertas,
de que penden los racimos,
cual de blanca y suave cera
con otros carmíneos, puros,
do la vista se recrea,
en cuyos granos se mece
el agua límpida y fresca,
que en los pámpanos sedientos
alegre el alba vertiera
cual copos de blanca nieve,
ó bien transparentes perlas:

ó cojiendo sanas frutas
de entre las ramas espesas,
donde en grupos muy cargados,
que cubren las hojas, cuelgan.
¡Ah! ¿qué vale el crudo invierno
con sus fríos y sus nieblas,
ya cuando los vientos rujen,
ya cuando Diciembre hiela;
ó si en el ceñudo Enero,
despues de una lluvia eterna
y de recios temporales,
cubierto de nubes negras
el cenit despide rayos,
al son de ronca tormenta,
cuyos horrorosos ecos
cuando por el aire ruedan
asustan las pobres aves,
que de espanto el nido dejan,
ó en los campos descarrían
á las tímidas ovejas?
Pero cuando tú, ardoroso,
de flores ceñido, reinas,
si crujen duros granizos,
y alguna borrasca truena,
con relámpagos veloces,
llueve, brama, centellea,

tornándose claro el cielo,
que recobra su pureza,
luciendo el húmedo prado,
que el rayo del sol platea,
y al hacer íris radiantes
de agua en las gotas se quiebra,
que parecen esmeraldas
ó topácios de la Persia,
amatistas y rubíes
en esplendente diadema.
Corre, vuela, no te tardes,
que cuando florido vengas
entonaré mil canciones,
mirando tu faz risueña,
paseándome de noche
en las encantadas vegas
entre árboles frondosos,
que al soplar la brisa ondean,
acariciando sus ramas
con su sombra pasajera,
al mecerse blandamente
en la enramada desierta,
la luna de nácar puro,
que su blanca luz destella
sobre los tranquilos campos,
luciendo en la opaca esfera

como reina de la noche
entre millares de estrellas.
¡Ah! ven pronto, que es muy grato
en noches tan alhagüeñas
oir á un amante tierno
al compas de la vihuela,
cantando sentidas coplas
al pié de las altas rejas,
donde adormecida escucha
sus acordadas endechas,
y la andaluza guitarra
una graciosa morena.
O en tus tardes calurosas
entre luz y entre tinieblas
oir el cantar sencillo,
la amorosa cantinela,
que entre dientes murmurando
van las mozas de la aldea,
con los búcaros lucientes
sobre sus lindas cabezas,
con lazos de verdes cintas,
sobre la espalda sus trenzas,
el cabello en blondos rizos
sobre las mejillas tiernas,
caminando hácia la fuente
por medio de rubias eras.

¡Ah! ven pronto, vuelve, vuelve:
ven que en tus tardes amenas,
cuando el sol resplandeciente
en los mares se sumerja
entre nubes sonrosadas
con auríferas cenéfas,
y dejando este hemisferio
á alumbrar el otro vuela;
junto á la fértil orilla
que el Bétis callado riega,
perfumada por las flores
de su eternal primavera,
gozaré de las caricias
que allí mi dueño me ofrezca,
muellemente reclinado
en su seno de alba seda,
donde soñando ilusiones
el corazon se embelesa,
sintiendo el roce suave
de su rubia cabellera,
escuchando de su lábio
de coral, que se asemeja
á un balsámico capullo,
que céfiro blando abriera,
mil juramentos ardientes,
mil deliciosas promesas,

asomando á sus mejillas
de blanquísima azucena
el rubor, que las colora,
y luce en su frente tersa,
brillando en sus garzos ojos
el fuego, que el alma ciega.
Vuelve, florido verano,
y mis pesares consuela;
vuelve pronto, ven, orlado
de rosas y de violetas,
para inspirar á mi lira
amor y canciones tiernas.
Vuelve pronto, no te tardes,
y ojalá que cuando vuelvas,
encuentres amante y firme
el corazon de mi bella.

**



A LA HISTORIA DE ESPAÑA.

FRAGMENTOS.

A LA HISTORIA DE ESPAÑA. (2)

FRAGMENTOS.

I.

Entusiasmo y honor, sublime historia,
mi pecho encienden, cuando en tí medito,
y la esplendente gloria
de los héroes, que viven en tu seno,
enardece mi frente
cuando absorto repito,
de patrio gozo lleno,
los hechos, que la fama voladora
llevó de gente en gente
por la estension del mundo,
al alzarse Castilla triunfadora,
y el imperio español no hallar segundo.

—«O»—

Del tiempo asolador la saña impía
no respetó ni reyes ni naciones,
y en su feroz porfía
quiso arrastrar tus páginas sagradas;
mas fueron sus siniestras intenciones

por tu potente influjo disipadas,
y le venciste al fin, mostrando al orbe
que no hay grandeza, que tu triunfo estorbe.
Tipo de eternidad, tú me presentas
los altos hijos de la patria mia
con todo su esplendor: grandiosa ostentas
las hazañas, que un dia
ilustres difundieron el espanto
desde Cartago á la soberbia Roma,
y enmudecer hicieron
á tanto pueblo y tanto
como de ellas supieron
que un pueblo esclarecido no se doma.

—«o»—

Contemplo vencedoras
las carpentanas huestes, y abatida
la enseña miro, que elevó el romano:
sus águilas un tiempo vencedoras
yacer por tierra, y que su orgullo insano
tambien despareció. Veo á Mancino
triste pedir la vida
de su ejército; humilde y consternado
aceptar las pesadas condiciones,
que le dicta el triunfante numantino,

y estremecerse en Roma el capitolio,
al ver temblar su prepotente solio;
al ver que sus legiones
vencidas eran en la ilustre España,
quedando inútil su altanera saña.

—«o»—

Mas ¡ay! Numancia en vano
heróica se resiste, y vengadora
alza la invicta frente, que el tirano
procura avasallar. La impía suerte
contra el valiente hesperio se conjura
y vuela asoladora,
llevando fuego, destruccion y muerte,
á la ciudad, do el entusiasmo apura
hasta el postrer aliento—Calcinados
los fuertes muros, que invencibles fueran
se derrumban, y el humo
en horrorosas nubes hasta el cielo
se levanta, mostrando que en el suelo
solo quedan escombros hacinados.
¡Numancia! ya no ecsístes: do vencieran
tus inmortales hijos al coloso,
que al mundo entero sujetó orgulloso
no te contemplo yá: solo la historia

revela al orbe tu eternal memoria.

II.

¿Mas qué página ¡ó cielo! osa mi mente,
absorta contemplar? Donde mi vista,
salvando escombros, á fijarse vuela,
desdeñando del godo la conquista
y su orgullosa gloria?
¿A donde corre presurosa, entanto
que vé en tus fastos, sacrosanta historia,
un vividor testigo
del crímen y el desastre de Rodrigo?
¡O infame liviandad! por tí la España
se vió anegada en lastimero llanto,
y entregada á la saña
de un padre vengativo,
que espuso por su honor, de rabia ciego,
el inocente godo al hierro altivo
del africano rudo,
que llevó á sangre y fuego
la infanda guerra, triunfador sañudo.

—«o»—

Aun me parece que se escucha el ruido

de las moriscas armas: aun resuena
en la fértil campiña por do tiende
su curso el Guadalete el ronco estruendo
del bárbaro gritar, que confundido
con el gemir horrendo
del moribundo godo el campo atruena.
Y en sangre tintas las desechas armas,
que miro cual defiende
su vida el español, sin que su arrojo
le salve de la muerte, y sin que pueda
alzar la frente victoriosa y leda.
Allí fueron despojo
del árabe sangriento las riquezas
del fuerte imperio, que abatido había
las águilas romanas. Sus grandezas
allí desparecieron, porque impía
la traicion de don Opas, con su acero,
vendió la patria al africano fiero.

—«o»—

Aparto, empero, la aterrada vista
de este horroroso cuadro, y en mi pecho
siento agitarse el entusiasmo noble
en que ardiendo Pelayo
encuentra el mundo á su valor estrecho!

Yo le contemplo, sí: cual fuerte roble
que desprecia arrogante el ígneo rayo
le miro alzar la esclarecida frente,
teniendo en poco la proterva saña
del árabe inclemente,
que en sangre inunda á la oprimida España.

—«O»—

Oigo su voz, que impávida resuena
del manso Deva al murmurante Duero,
y el pecho godo de entusiasmo llena.

—«O»—

En su potente diestra centellando
la espada miro, que su honor defiende,
y en su siniestra esplende
el guerrero estandarte, convocando
al valeroso astur á la pelea,
el cual heróico jura
antes morir que mancillada vea
su sacrosanta y pura,
y antigua religion. Al mahometano,
perenne guerra declaró el cristiano.

=«O»—

¡Por siempre!.... y lo cumplió. Radiante brilla
en la opulenta é imperial Toledo
la santa cruz, que magestuosa humilla
al infernal turbante,
y por do quier triunfante
se vé de Cristo al defensor fogoso
pisar las medias lunas destrozadas,
sin encontrar sañoso
quien su furor resista. Desplegadas
de Alí-Bufat en la soberbia torre
se ven volar de Jaime las banderas.
¡Ved, cual vencido el ismaelita corre!
Vacila de pavor y amargo duelo,
y en valde invoca al irritado cielo!....

—«O»—

En valde, sí; que desolada miro
á Córdova rendir su altivo cuello
ante las bravas huestes, que acaudilla
el vencedor Fernando,
y al sarraceno bando
doblar ante el cristiano la rodilla,
besando el polvo inmundo. Vacilante
de Abderraman el esplendente trono
busca un asilo, do salvarse en vano

ya ruinoso pretende,
porque el despecho enciende
al ofendido y noble castellano,
que en su implacable encono
juró el nombre estirpar del mahometano.
****



ODA.

Al genio de la pintura.

Al genio de la pintura.

ODA.



¡Bendicion! ¡Bendicion, númen sagrado!
tú los espacios de los mundos llenas;
mil ingenios grandiosos has formado,
al desplegar tus alas sobre Aténas.

—«o»—

Nada se oculta á tu pensar profundo,
genio consolador, y en el torrente
de las pasiones, que agitára el mundo,
tambien fijaste tu mirar potente.

—«o»—

Una fúlgida antorcha en tu cabeza,
el ámbito del orbe iluminando,
brilló mil veces, tu inmortal grandeza
en las aguas del Tíber reflejando.

—«o»—

Y su llama, oscilando por el cielo,
llegó esplendente hasta la patria mia,
y terminó su portentoso vuelo
en la hermosa ciudad de Andalucía.

—«o»—

Tú miraste nacer reyes é imperios,

que derrumbára el huracan furioso,
y en apartados climas y hemisférios,
siempre te alzaste ¡o númen! victorioso.

—«o»—

Tú preparaste ufano los lauréles,
que alcanzáran Parrassio y Polignoto;
inspirado por tí, muriendo Apéles
oyó su nombre en el confin remoto.

—«o»—

Diste tu proteccion, númen divino,
á otros hombres, que viven como ellos;
inflamada su frente sintió Urbino,
al percibir tus célicos destellos.

—«o»—

El te adoró: y al inventar sublime
esas creaciones, que admirára el mundo,
"ven, genio," dijo, "y en mi mente imprime
un solo rasgo del saber profundo."

—«o»—

"Y que siendo mis tablas inmortales,
"el porvenir gozoso las reciba:
"los encantos concédeme ideales,
"do está la gracia y la belleza estriba.

—«o»—

"La esperanza es la vida para el hombre,
"que en el mundo el placer jamas disfruta,

"dámela ¡ó genio! de eternal renombre,
"y ansioso espero la letal cicuta."

—«o»—

Tú has lucido tambien sobre la frente
de Zurbaran, Velazquez y Murillo:
son contigo sus lienzos un presente
al porvenir de inmarcesible brillo.

—«o»—

Y á la gloriosa escuela presidiste
que vió en su seno renacer Sevilla:
mil prodigios aqui creador hiciste,
y yo los contemplé desde Castilla. (3)

—«o»—

Sin tu ayuda quizá yo no admirára
del gran Salvátor los celajes de oro,
ni lleno de entusiasmo deseára
las vírgenes mirar de Polidoro.

—«o»—

Esas tablas de Vinci y de Ticiano
mudas al mundo sin tu ardor serían;
mas, de gloria llenando el Vaticano,
al orbe entero su esplendor envían.

—«o»—

Desde tu escelso trono contemplaste
de tu poder el prodigioso encanto:
á los hombres benéfico miraste,

y les tendiste tu amoroso manto.

—«O»—

Que fueran pues sin tí, númen glorioso,
esos séres, que el hombre sabio admira?
nombres sin ilusion, astro medroso,
que débil luce, y al momento espira.

—«O»—

Contigo viviran mientras la tierra
gire en los ejes, que el Eterno mueve:
sobre la losa, que sus tumbas cierra,
el árbol del laurel su copa eleve.

—«O»—

¡Cuán grande es tu poder, y cuán profundo
te ostentaste en la tierra americana,
cuando el conquistador del nuevo mundo
tocó sus playas con la gente hispana!

—«O»—

Unos hombres, que atónitos miraron
los triunfantes pendones de Castilla
en mil lienzos allí los retrataron,
mostrando así, cuanto tu antorcha brilla.

—«O»—

¿Quién veló sino tú, númen divino,
sobre esos séres, que en glacial reposo
adoraban al rayo matutino
del Sol entre celages luminoso?

—«O»—

¿Y quién los inspiró? tú solamente
pudiste penetrar este misterio,
y al descender de la divina mente
brillar tambien en su anchuroso imperio.

—«o»—

Venturoso es por tí, genio sublime,
el que en su pecho arder la llama siente
del sacro fuego, que tu planta imprime,
al tocar una vez su ruda frente.

—«o»—

El transmite á los siglos venideros
los héroes de su patria en sus creaciones:
graba los caractéres verdaderos,
que en el mundo les dieran sus acciones.

—«o»—

De artístico entusiasmo arrebatado
al trono de los ángeles aspira:
nada á su vista encuentra reservado:
todo lo vence, si tu ardor le inspira.

—«o»—

Su nombre escribes con diamantes y oro
en el eterno libro de la historia:
ven, númen, una vez ¡ay! yo te imploro,
condúceme á los templos de la gloria.

—«o»—

Dame un destello, como tú, grandioso....

sola una inspiracion en mi agonía,
genio encantado, y me verás gozoso
cederte en cambio la ecsistencia mia.

****



ROMANCE.

EL DESENGAÑO.

ROMANCE.

EL DESENGAÑO.

¡Ay promesas mugeriles
mas vanas que el aire vano!
Rom. Gral.

«Bella Elvira, bella Elvira,
por quien padezco mil ánsias:
de mis amores objeto,
astro luciente de España.
¡Infeliz! ¿quién me dijera
que tu beldad inhumana,
despreciando mis finezas,
de mi pasion se burlara,
dejando mi pecho helado
y mi amor sin esperanza?
¿Es este, mi Elvira, el premio,
que á tan pura fe guardabas,
burlándote de mi ausencia,
mientras en duras batallas
y ensangrentados combates
hice tan grandes hazañas,
con los moros peleando
en el cerco de Granada,
para ofrecer sus despojos

y la victoriosa palma,
digno ornato de los héroes,
por homenage á las plantas
de quien pérfida me vende,
y olvida mi amor ingrata?
¿Y en los famosos torneos,
y en las corridas de cañas
llevé, Elvira, tus colores
y ceñí tu roja banda,
venciendo mil paladines
y rompiendo veinte lanzas,
para ofrecerte las joyas,
al vencedor reservadas:
ya la rosa de oro puro,
ó ya el broche de esmeraldas,
que brilló en tu blanco pecho
en los toros y en las zambras?
Otro amante ¡vive el cielo!
cuando amoroso aguardaba
estrecharte entre mis brazos,
despues de ausencia tan larga,
y contarte mis victorias,
alabando tu constancia!
Yo arrancaré, infame, aleve,
del creston de mi celada
de tus colores las plumas:

rasgaré tu roja banda,
borrando la fiel empresa
de mi peto y de mi adarga;
y por cumplir el castigo,
y de mi agravio en venganza,
hundiré en el pecho impío
de tu amante aquesta daga,
y teñida en negra sangre
la clavaré en tus entrañas."
Esto entre sí Nuño Perez
decia, que triste estaba
en una piedra sentado
en la vega celebrada,
que, circuyendo á Sevilla,
flores y riquezas mana,
al pié de un frondoso olivo,
cuyas benéficas ramas
eran toldo á los reflejos,
que el ardiente sol lanzaba
desde el fúlgido horizonte,
en que sus luces se apagan.
Con la mano en la mejilla
entre sus piernas la espada,
asomándose á sus labios
alguna sonrisa amarga,
ó algun cortado suspiro

que angustioso al pecho arranca;
brillando en sus negros ojos
de los celos la cruel llama,
que hace temblar sus facciones
y su corazon abrasa.
A su lado un fiel tordillo
la verde yerba cortaba,
ó en las ondas cristalinas
de un arroyo, cuya clara
y fresquísima corriente
los céfiros embalsaman,
al saciar su sed fogosa,
forma círculos de plata.
Cuando á algunos pasos oye
Nuño Perez las pisadas
de un troton, que envuelto en polvo
al olivo se acercaba,
y reconociendo al punto
al contrario, se levanta,
y, colocándose el casco,
sobre su tordillo salta,
que al sentir el acicate
suelta la crin se adelanta,
y encarándose altaneros,
los dos ginetes se paran,
dirigiendo el otro altivo

á Perez estas palabras:
—«¿Sois vos, el que anoche, ardiendo
en furia arrogante y vana,
me citásteis á las siete
en la vega de Triana?
—"Yo soy," le responde Nuño,
«y vive Dios! que es honrada
la accion de haberme robado
el afecto de mi dama!
No es propia de un caballero
tan aborrecible infamia,
ni cabe en un pecho noble
una burla tan villana.
Por eso anoche en la calle
os provoqué á la demanda:
pelead, y, si venceis,
id á poner á las plántas
de Elvira mi rostro yerto:
que el corazon de una falsa
se alimenta con la sangre
de los que su engaño mata."
"Ya el error vuestro conozco"
le dijo el otro con calma;
"y sabed que no he manchado
mi honor con tan torpe trama,
que soy noble y caballero

y es mi progenie muy alta
para mendigar amores
y cometer accion baja.
Tiene doña Elvira Burgos
de mas edad una hermana,
que es á quien rendido adoro,
y lleva por nombre Blanca.
Las tinieblas de la noche
y los celos, que os cegaban
entónces, os impidieron
ver el rostro de la dama."...
—¿Y quién, decid, me asegura
(Perez receloso esclama)
que es inocente mi Elvira,
y verdad vuestras palabras?
—Os lo juro por mi nombre,
y no miente quien es Vargas."
—¡Ah! me haceis feliz por siempre,
y dais á mi cuerpo el alma.
¡Elvira inocente!.....¡Cielos!
En vez de fieras espadas
que se crucen nuestras manos,
jurando amistad sin mancha."

—«o»—

Los galantes campeones
con sus diestras apretadas,

miráronse silenciosos
volviéndose las espaldas:
caminando satisfecho
Nuño Perez á Triana,
y galopando sereno
hácia Aznalfarache Vargas.

**



ODA

al inmortal Murillo,

dedicada á todos los artistas españoles.



ODA

AL INMORTAL MURILLO,

DEDICADA A TODOS LOS ARTISTAS ESPAÑOLES.

¡Oh! ¿quién te mirará, genio encantado,
sin sentir en su pecho arder el fuego,
que inspiran tus sublimes creaciones?
¿Y quién, al contemplarlas, estasiado
no te bendice luego,
consagrándote allí sus ilusiones
su eterna admiracion?
¡Ah, no desdeñes de mi ronca lira
los débiles acentos!
Oye entonar los cantos, que me inspira
el sacrosanto númen: yo quisiera
hacerlos resonar, y que los vientos
llevasen en sus alas por la esfera
el nombre de tus mágicos pincéles
cual han llevado el del sublime Apéles.

—«O»—

¿Mas qué digo? ¿tu nombre no ha volado,

glorioso atravesando el Pirineo,
desde el Africa ardiente
al remoto confin del mar Egeo?
¿No te admiran, cual yo, sabias naciones,
y ciñen á tu frente
corona eterna de laurel fulgente?
¿No se oye resonar de boca en boca
desde la márgen del undoso rio,
que te viera nacer, hasta la roca
que allá, en el mar sombrío
hiende las aguas y á los cielos toca?
¿No lo escuchan el Sena y Manzanares?
Sus arenas de plata
lo bendicen, alegres murmurando,
y sonoras cantando
al grande ingenio, á quien Europa acata.

—«o»—

Deja, pues, que mi acento lo repita,
hora que siento arrebatar mi mente,
y en mi pecho se agita
el sacro fuego, que me inspira ardiente:
que de entusiasmo lleno,
tus prodigiosos lienzos contemplando,
te ensalce y te bendiga,

y siempre absorto tus encantos siga.

—«o»—

¡Murillo celestial! ¡pintor sublime!
tú eres la gloria de la patria mia:
el sol de Andalucía,
que su fervor hasta en el rudo imprime,
miró tu cuna, se encerró en tu frente,
brilló en tu refulgente
paleta, embelesando á todo el mundo,
que vió admirado tu saber profundo.

—«o»—

Yo te saludo: como tú ambiciono
levantar hasta el cielo la cabeza,
y en argentado trono
de nubes transparentes
y angelical belleza
atónito mirar el santo coro,
que contemplaste tú. Votos fervientes
repito sin cesar, sumiso imploro
que el mismo númen, cual á tí, me inspire,
y en tanto deje que tu ingenio admire.

—«o»—

Al israelita pueblo fugitivo
viste lanzarse al mar, y entre la espuma
furibundo y altivo
miraste hundirse, al rebramar violento
del piélago sañudo,
otro pueblo sediento
de jacobita sangre. ¿Quién ¡ay! pudo
pintarnos las escenas
de un pueblo en las llanuras vacilante,
cual las pintaste tú? ¿Quién te ha igualado
al espresar las áridas arenas,
y la sed de esta gente, y su anhelante
ansiedad congojosa,
su gozo inesperado,
al recibir el agua milagrosa?

—«O»—

Tú viste descender en raudo vuelo
al arcángel Gabriel, cuando entre nubes,
cercado de querubes,
por mandato de Dios dejaba el cielo
para anunciar al mundo,
que en el crímen dormía,
la encarnacion del hijo de María.

—«O»—

De Belen en el pórtico ruinoso
al Salvador del mundo saludaste,
y á sus plantas miraste
postrarse á un mismo tiempo los zagales,
y los fastuosos reyes orientales;
y con la mente de entusiasmo llena
nos diste al vivo tan augusta escena,
retratando tus mágicos colores
al niño Dios, á reyes y á pastores.

—«o»—

Tambien le viste niño
sobre la cruz durmiendo,
y su candor de *niño* describiendo,
fijaste en su semblante
un rayo penetrante
de pura luz, que revelara al hombre,
al contemplar su reposado sueño,
su Dios potente, su absoluto dueño.

—«o»—

Presenciaste sus glorias inmortales,
su crudo padecer, su sufrimiento,
al escuchar las risas infernales

del pueblo turbulento,
que halló deleite, y se gozó inhumano
en mirarle agotar de la amargura
el cáliz ponzoñoso.
"¡Vedla!!" digiste, y tu inspirada mano
trazó en el lienzo angelical figura:
"¡es la madre de Cristo!!...." y fervoroso
diste en su imágen al dormido mundo
grandioso rasgo, inspirador, profundo.

—«0»—

¿Mas qué prodigio sorprendente miro?
Del hijo del Señor es la agonía.
Tú le viste en el Gólgota espirante
sobre la helada cruz.... Hondo suspiro
le escuchaste ecshalar.... ni un solo instante
desfiguró su faz santa y sombría
el duro padecer, por mas que asombre
á tierra, cielo y mar, que estremecidos
la muerte contemplaron pavoridos
del Dios triunfante y salvador del hombre.

—«0»—

Tú lo miraste, sí: que arrebatado

fuiste tambien, y en misterioso sueño
los espacios hendiste
del tiempo y de la tierra,
y viste cuanto encierra
en su anchuroso seno lo pasado,
pintándolo despues: que no pudiste
de tal modo pintar, si no lo viste.

—«o»—

La eterna bendicion benigno acoje,
que el católico pecho te consagra
ante esos cuadros, que á la vida vuelven
séres por quien la gloria está habitada:
ante esas candorosas Concepciones,
y esos devotos santos, que respiran
piedad y mansedumbre,
en cuya faz la lumbre
brilla del Dios, en quien los hombres miran
su protector, su padre. ¡Eterna gloria
te ofrece el orbe entero entusiasmado,
Murillo encantador!! Pero ¡ay! que sorda
á tí llegó tambien la avara muerte
y rompió tu pincel con ceño airado,
y su guadaña impía
convirtió en polvo inerte

al sublíme pintor de Andalucía!!!

—«0»—

Sí, murió, sí; pero en el mundo vive,
del mundo siendo admiracion y pasmo,
inmortal en sus obras eminentes,
que un siglo de otro siglo las recibe
en todo su verdor. Mientras el hombre
que fundó en ellas su eternal renombre,
la presencia de Dios por recompensa
goza de su fé inmensa
allá, en la Gloria, á do subió de un vuelo....
Sí: que el pintor del cielo está en el cielo.

****



Á MI AMIGO

D. Pedro Ildefonso Garcia

en la muerte de su esposa.

A MI AMIGO

D. Pedro Ildefonso García

en la muerte de su esposa.

¡Ay que ya para siempre aquel sereno
rostro en medio á las preces funerales
marmórea tumba recibió en su seno!
D. Juan Nicasio Gallegos.

¿Qué acento de dolor hiere mi oido?
¿qué lágrimas ardientes,
abrasando mi pecho dolorido,
en rápidas corrientes
mis cánticos de amor dan al olvido?

—«o»—

¡Tu lánguida cabeza reclinada
en accion congojosa
sobre mi corazon, tu frente helada,
tu vista pesarosa
por el llanto contínuo fatigada....

—«o»—

Trémulo el labio, que á exhalar no acierta
un ahogado suspiro;
mi mano oprimes con tu mano yerta,
y estático te miro
pálido el rostro y la mirada incierta.

—«o»—

¡Ay! ya lo sé: tu lecho regalado,
donde en quietud gozáras
del amor de tu esposa acrisolado,
que te juró en las áras,
por fúnebre blandon está alumbrado!

—«o»—

Y en su centro, cual cándida azucena,
á quien trunca furiosa
la horrible tempestad, que el valle atruena,
liga á tu dulce esposa
la dura muerte con fatal cadena.

—«o»—

¡Ay! aun ciñe su frente pudorosa
la corona marchita
de albo jazmin y purpurina rosa:
su seno no se agita,
en dulce calma sin temor reposa.

—«o»—

Y bien: que adule tu dolor me pides,
tu amargo sentimiento:

el hondo abismo de la muerte mides,
tus quejas das al viento....
¡ah! no falta á mi voz que la convides!!

—«o»—

Fácil siempre al dolor, las penas canta
mas bien que los amores:
el grito de las tumbas no la espanta,
y entre llanto y horrores
su endecha, al son del sollozar, levanta.

—«o»—

¿Sufres y lloras?... el consejo es vano:
ya de mi sien ardiente
el mirto arranco, que ciñera ufano;
orne el ciprés mi frente:
la cítara de Young pulse mi mano.

—«o»—

El llanto de dolor del afligido
es solo su consuelo:
nunca importuno el funeral gemido,
precioso don del cielo,
el eco de mi lira ha suspendido.

—«o»—

Llora: y al par de tus lamentos tristes
cantaré tus dolores:
tú que los goces de su amor sentistes
y encantos seductores,

llora la dicha, que infeliz perdistes.

—«o»—

¿Al conyugal cariño que otra ofrenda
puede dar este mundo?
Cubra los ojos la pesada venda
del olvido profundo
al insensato, que el dolor no entienda.

—«o»—

Justo es el duelo, que tu frente empaña:
justos son tus clamores,
y el llanto acerbo, que tu rostro baña:
ven, y con mústias flores
á coronar su tumba me acompaña.

—«o»—

Mira en las sombras el marmóreo lecho
oculto en la espesura....
cómo!... palpita de temor tu pecho?
Se aumenta tu amargura?....
Bajas la vista en lágrimas deshecho?

—«o»—

¿Oyes? ¡silencio! del sepulcro helado,
do reposa tu alma,
al murmurio del sáuce, que agitado
turba la triste calma,
de blanca luna en el fulgor bañado;

—«o»—

Misterioso fantasma, blanco lino
velando el rostro bello,
sin calor en el seno alabastrino,
destrenzado el cabello
se levanta, cual ángel del destino.

—«o»—

¡Escúchala! es su voz.—"La vida" dice,
"toda es falsos placeres:
este mundo de paz es mas felice;
mas dichosos los séres,
que en él habitan, y que Dios bendice.

—«o»—

"Sí: tan pura es aquí la dulce llama,
cual ráfaga de aurora;
es el ardor que al serafin inflama:
el corazon no llora,
y libre de inquietud por siempre ama.

—«o»—

"Da treguas al dolor, si el hado impío
me arrancó de tus brazos,
nada importa su crudo poderío:
muy mas estrechos lazos
forma la muerte en el sepulcro frio.

—«o»—

"Bondadoso, al morir, el alto cielo
el inocente fruto

de nuestra union, para feliz consuelo
de tu afliccion y luto,
dejó en tus brazos en el triste suelo.

—«O»—

"¡Adórala por siempre! auras letales
al nacer respirára;
al resplandor de rayos funerales
al mundo despertára,
sin gozar de los besos maternales.

—«O»—

"Cuando sus años juveniles vea
sírvele tú de guia:
en su frente el candor el mundo lea,
¡prenda del alma mia!
la virtud, la virtud tu norte sea!...."

—«O»—

Hela aquí! hela aquí! cuan candorosa
tus mejillas halaga
con breve mano de purpúrea rosa:
cure tu ardiente llaga
la dulce imágen de tu dulce esposa!

—«O»—

¡Cuan inocente en su soñar se engríe,
sin ver su desventura!
aun no hay dolor que al pecho desafíe;
tersa es su frente pura,

y el blando labio de carmin sonríe.

=«O»—

Su cariño tus dias enamore,
y llene de contento:
aun tienes en el mundo quien te adore,
y en tu duro tormento
un tierno amigo, que tus penas llore.

**



EL REY

y la Iglesia.

EL REY Y LA IGLESIA (4)

1368.

ROMANCE I.

UN PASEO EN TABLADA.

Apénas sus tíbios rayos
desde el oriente vertía
la aurora, dando á las flores
perlas, y á los campos vida,
Y su sonrosada lumbre
las altas torres sombrías
debilmente coloraba
de la opulenta Sevilla;
Y en esta ciudad tan bella,
tan populosa y tan rica,
que el Guadalquivir triunfante
divide en dos y ameniza:
En esta ciudad famosa,
de Europa y del mundo envidia,
do nunca dejan los campos
sus jardines y delicias:

Do nunca la brisa errante
deja de ser blanda brisa,
y do nunca mancha el cielo
espesa nube maligna,
El rey don Pedro á caballo
por la márgen discurría
del Bétis una mañana
de primavera florida.
Un largo albornoz de seda
sus régios hombros cubría,
cayendo sobre las ancas
del fiero corcel, que aguija.
En su cabeza llevaba
sin plumas y sin divisas
un purpurino bonete,
do grandes perlas lucían.
Y un ancho y terrible alfanje
del rico tahalí pendía,
que el rey moro, Mahomad Lago,
le dió en muestra de su estima.
Ora con rostro alhagüeño
contemplaba las barquillas,
que el Guadalquivir cruzaban
en direcciones distintas;
Y á los pobres pescadores
tender las redes veía,

ó levantarlas alegres,
llenos de honrada codicia:
Ora con feroz semblante
el caballo detenía:
en el ademan quedaba
del que algo nuevo medita,
Y clavándole la espuela,
el freno al punto volvía
del arrogante castaño,
que rápido el viento agita.
Mas, parándose de pronto
en la deliciosa orilla
del rio, cuya corriente
con la bajamar crecía,
Vió que de una galeota
le llamaban; y de prisa
se acerca al velero barco
y con voz de trueno grita:
"¿Qué me quereis? Respondedme:
¿de do venís?—De las Indias
venimos, ilustre hidalgo,"
con mesura le replican.
—"Y por Dios que hemos traido
tales y tantas noticias,
que jamas en estas tierras
fueron tamañas oidas.

—"Tened pues, señor indiano,"
dijo el rey "la cortesía
de decirme algunas de ellas;
puesto que son inauditas.
—"De buen grado, caballero:
las últimas, que corrian....
escuchad.... son de gran monta.
—"Ya escucho: podeis decirlas."
Y en alta voz el del barco
las sacras bulas le intima,
en que el pontífice Urbano
la descomunion le envía.
Atónito el rey don Pedro,
lleno el corazon de ira,
fuego echando por los ojos,
los dientes feroz rechina.
Empuña el temible alfanje,
el ancho hijar acribilla
de su corcel, y en las ondas
furioso se precipita,
Cayendo cual roca inmensa
de altos montes desprendida,
que en su rápida carrera
no encuentra quien le resista.
Mas surca veloz las aguas
la embarcacion fugitiva,

y en alas de la corriente
huye, las velas tendidas.
Huye, y el rey iracundo
la sigue, sin que en su vida
que estaba en peligro, piense:
¡tal la venganza le anima!
La alcanza al fin, y su alfanje
un punto en el aire brilla,
se escucha un golpe, la barca
cruje, y su vigor duplica.
Mas no cede el rey don Pedro;
antes de nuevo se obstina
en vengarse, viendo al golpe
que, el barco abierto, vacila.
Hunde el sangriento acicate
en el bridon, y le obliga
á meterse en la corriente
con furia y tenaz porfía.
Empero, el bruto nadando,
sobre las ancas se empina,
al perder la blanda arena
cenagosa y resbaliza,
Y el rey don Pedro, de espaldas
cayendo en las ondas frias,
á un tiempo desaparece
y "*¡valedme cielos!*" grita.

ROMANCE II.

LOS BARCOS.

Lleno de rencor, y en rabia
el rostro feroz ardiendo,
en una barca pequeña
(en que vogan dos remeros,
Y que hunde su débil quilla
el no acostumbrado peso)
roto el albornoz murciano,
en su diestra el corvo acero,
Que hendiera la galeota,
(y á quien con aire siniestro
convulsivamente aprieta)
sin el bonete bazeño,
Volando en crenchas mojadas
el rubicundo cabello,
que azota el semblante airado,
sentado va el rey don Pedro.
Ya, blasfemando furioso,
de Urbano quinto, y su imperio,
jura dejar la obediencia,
y hacer libres á sus reinos.
Ya maldice al mismo Urbano,

y entre injurias y denuestos
mil planes forma en su mente
á cada cual mas protervo.
Y afirma que harán lo mismo
los otros reyes, sus deudos,
y sabrá el *imbécil papa*
cuanto puede el rey don Pedro.
Pues que nadie impunemente
osó faltarle al respeto;
y que no hay traidor, que escape
al golpe de sus maceros.
Mas llega en tanto á la orilla,
que ocupa asustado el pueblo,
el barco, salta en la arena
con velocidad don Pedro,
Y á grandes voces al vulgo
pide su caballo, y ciego
por vengarse, lo cabalga,
volando en él hácia el puerto.
Llega á la torre *del Oro*
(en que riquezas sin cuento,
segun las crónicas dicen,
guardó él mismo en aquel tiempo)
Y al capitan de la guardia,
Alvar Sanchez de Toledo,
así imperioso le dice,

nublando su rostro el ceño:
—"Corred, volad, Alvar Sanchez,
pronto: que atruenen el viento
las bocinas de la costa,
y las trompetas de adentro.
"Mandad que salgan al punto,
á perseguir á un perverso,
y menguado sacerdote,
las galeras de mi reino.
Y que sin falta le traigan
á Sevilla, vivo ó muerto:
andad, y el maldito barco
que den al instante al fuego."
Dijo: y Alvar Sanchez corre
aturdido; y sin aliento
llegó en un punto á Triana,
para cumplir con su empleo.
Empero el rey impaciente,
de Alvar Sanchez no contento,
(porque le falta en su encono
para la venganza el tiempo)
Clava el dorado acicate
á su castaño de nuevo,
y vá tambien á Triana,
en altos gritos diciendo:
—"Salid, volad, mis soldados:

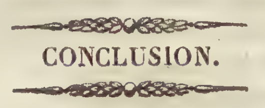
corred, volad, marineros,
¡pronto! nadie se detenga:
¡que muera el traidor! volemos."—
Y en un instante mil barcos,
ya de velas, ya de remos,
rompen las tranquilas ondas
y corren al mar ligeros;
Mientras asordan las playas
de las bocinas los écos,
y de altísonas trompetas
el ronco y marcial estruendo.
Mas, como nadie conoce
al ya sentenciado reo,
aunque le alcanzan, lo juzgan
como español y del puerto.
Pues en su difícil fuga,
la persecucion previendo,
la castellana bandera
desplegó sagaz al viento.

*

Así libre entre enemigos,
por su industrioso manejo,
se vió el nuncio de la *Iglesia*,
burlando del *Rey* el ceño.

ROMANCE III.

Urbano V. en Aviñon.



CONCLUSION.

En un sitial de respaldo,
que sostiene en sus remates,
por escudo, ó por emblema,
del alto cielo las *llaves*:
Que en su centro una tiara,
do brillan ricos esmaltes,
ostenta espléndidamente,
formando escelsa pirámide;
Sentado está pensativo
de la iglesia el Santo Padre
en una espaciosa estancia,
que mantienen cien pilares.
A su diestra un crucifijo
de oro macizo, (admirable
por la perfeccion y esmero
con que lo produjo el arte)
Sobre una gótica mesa,
do se ven dos ejemplares

del Evangelio y la Biblia,
ambos en latin, (que nadie,
Tal vez entónces leia),
luce, y en su culto arden
dos blancas velas, que alumbran
el ancho salon radiantes.
A su siniestra sentado,
cubierto un purpúreo traje,
está sereno y tranquilo,
aunqne pensativo y grave,
El cardenal de San Pedro,
hombre sabio, y venerable
por sus austéras costumbres,
y sus cristianos modales.
Y á distancia comedida
en ademan respetable,
todo de negro vestido,
se mira otro personaje;
El cual, segun su silencio,
su rostro y postura afables,
acaba de hablar y espera
que su Santidad le hable.
—"¿Con que así el rey de Castilla
amenazaros osó,
sin ver que érais otro yo,
dando ese ejemplo á Sevilla?

¿"Con que, sin tener presente
que en vos á mi autoridad
faltaba, su vanidad
le hizo feroz é insolente?
"Pues bien: sepa el castellano
que, si él en la España es rey,
tambien mi palabra es ley
en todo el mundo cristiano:
"Y sepa que si, cual hombre,
su ferocidad me aterra,
despues de Dios en la tierra
no hay dignidad que me asombre.
"Irá otro nuncio á Castilla
y los templos cerrará,
y al pueblo maldecirá,
si don Pedro no se humilla.
—"Mas antes ved si podeis
amansar con tal rigor
el altanero valor
del que tan mal conoceis,
Y sabed que, si al leon
el hombre al furor incita,
y necio y tenaz irrita
su irascible condicion;
"Tambien indiscreto siente
el castigo de su arrojo....

—¡Bien!—Perdonad, si os enojo,
ó fuí en hablar imprudente.
—Id con Dios." El arcediano
entre confuso y cobarde,
sin detenerse un momento,
veloz de la estancia sale;
Y el cardenal y el *Ungido*
con bien distintos semblantes
el mas profundo silencio
conservan por un instante.
Mas cesando de improviso
los furiosos vendabales,
que el pecho de Urbano agitan
y que su mente combaten,
Y recobrando su rostro
de dignidad el carácter,
así al cardenal le dice
con voz pausada y suave:

—«o»—

—Ya veis, cardenal, la mengua
que nuestro imperio tendrá,
si el rey don Pedro prosigue
en su proyecto infernal.
"Pues bien sabeis que Castilla,
en toda la cristiandad
es la mas fiel y sus reinos

quien mas tributo nos dán.
"Yo, depuesto por lo tanto
el orgullo terrenal,
quiero que el jóven monarca
quede absuelto desde hoy mas.
"Que no está bien, mi sobrino
tenaces eesasperar
los ánimos de los reyes,
si pueden hacernos mal.
"¡Quién sabe si el arcediano
fué con don Pedro sagaz,
ó si causó su ignorancia
resolucion tan fatal!....
"Ireis vos mismo á Sevilla
do el rey se encuentra, y quizás
vos no le hallaréis tan fiero:
que es cristiano y calmará.
"Empero, si permanece
en sus empeños tenaz
diréisle que Urbano quinto
aun perdonarlo sabrá.
"Que no es razon que los mismos,
que nos deben acatar
levanten contra nosotros
sus manos con impiedad.
"Y añadidle que la *Iglesia*

por concesion singular
le absuelve de sus pecados,
sin voto penitencial;
"Mas que de aquí en adelante
se abstenga ¡ay Dios! de pecar,
porque tanto ya no sufre
mi escesiva caridad.
"Marchad, pues, que en vos confío;
no os detengais, cardenal:
ved si del fiero monarca
podeis la saña calmar."

—«o»—

Dijo: el cardenal al punto
del rico sitial brillante
se levanta, se arrodilla
á los pies del *Santo Padre*,
Y besándole el anillo
con respeto y amor grandes,
sin decirle una palabra
tambien de la estancia sale.

—«o»—

*

A poco tiempo en Sevilla
por las plazas y las calles
con gran pompa y aparato,
y al son de mil atabales,

Que con sus écos sonoros
llenaban los anchos aires,
mandó publicar don Pedro
del cardenal el mensaje.
Y con torneos y justas,
en que tomó él mismo parte,
celebró su nuevo triunfo,
haciendo orgulloso alarde.

****



ROMANCE MORISCO.

Respuesta de Zayde

AL DESAFIO DE TARFE.

ROMANCE MORISCO.

Respuesta de Zayde

AL DESAFIO DE TARFE.

Que no tiene que ver nada
lo cortés con lo valiente.
Adagio castellano.

"Soberbio, y altivo Tarfe,
que dejas tan fácilmente
correr la lengua y la pluma,
faltando al decoro siempre:
Que en insultos y denuestos,
y en arrogantes billetes
cifras tu gloria y tu fama,
preciándote de valiente;
Sin ver que torpe amancillas
de tus nobles ascendientes
honor y renombre á un tiempo,
y sus timbres oscureces;
Sin ver que las amenazas

en la ausencia nunca ofenden,
y que mientras son mayores
mas á su dueño envilecen:
¿De quién supiste, menguado,
que Zayde, el noble Zenete,
cobarde ha vuelto la espalda,
teniendo el peligro al frente?
¿Quién te ha dicho que mi brazo,
es en las lides tan débil,
que al peso de gruesas lanzas
se me rinda, ó se doblegue?
¿Ni quién que al marcial estruendo
del clarin no me presente
el primero en los combates,
sembrando do quier la muerte?
¿Has por ventura olvidado
que en los campos de Alcaudete,
cuando el conde de Tendilla
desbarató nuestras huestes,
Fué Zayde el bizarro moro
que, herido el pecho, y sin gente
libertó el régio estandarte
de gloria eterna cubriéndose?
¿O no recuerdas que en Loja,
cuando los bravos doncéles
del fiero Rodrigo Ponce

de mil batallas los héroes,
Asaltaron la Alcazaba,
el mismo Zayde, á quien tienes
la temeraria osadía
de insultar tan neciamente,
Fué quien, lleno de entusiasmo,
seguido de cien goméles,
los rechazó hasta las tiendas
de los castellanos reyes?....
Si soy cortés con las damas,
si en juegos y zambras vencen
mi apostura y lozanía
tu presuncion insolente;
Y si rudo en el consejo,
como ante las bellas, éres,
y te hielas en la Rambla,
como ante el rey enmudeces;
Quéjate, pues, de tí mismo,
(mas no de Zayde te quejes)
apagando el fiero enojo
en tu corazon imbécil.
Empero, junto á la orilla,
del Darro apacible y fértil,
aceptando el desafío
que tan sañudo apeteces,
Te acordaré que mi diestra

tan fácil las mallas hiere
como arroja los bohordos,
y los caballos revuelve.
Y si de mí desconfías,
cual en tu carta pretendes,
ó alguna traicion infame
de mi noble pecho témes,
Que te acompañen tus deudos;
que tus amigos te cerquen,
y lleva en fin á Granada
para que el duelo presencie."

*

Así Aben Zayde responde
á Tarfe, en cólera ardiendo:
sus armas al punto pide
á sus pajes y escuderos,
Un potro alazan cabalga
veloz, cual el mismo viento,
y llega, sobre él volando,
al dulce Darro el primero.

****



ROMANCE.

A M. J.**

en una tempestad.

ROMANCE.

A M. J.**

EN UNA TEMPESTAD.

Radiante sol de mis ojos,
que con tus luces escelsas
das la vida á mis entrañas
y mis pesares consuelas,
Siendo el refulgente faro,
á donde el rumbo enderezan
ya mis alegres cantares,
ya mis sentidas endechas:
¿Por qué tus ojos derraman
tantos raudales de perlas,
que, al rodar por tus mejillas,
en rojo coral se truecan?
¿Por qué se pinta en tu rostro
el pavor, que el pecho hiela,
y tu voz en la garganta
ahogada, al hablarme, queda?
Dime ¿no estoy á tu lado?
¿no escuchas tú que mi lengua
te llama su bien, su vida

y que mis dichas te cuenta?
¡Ah! ¿no sientes que amorosos
mis brazos tu seno estrechan,
y late mi ardiente pecho
junto á tu pecho de cera?
¿Ni que mis labios imprimen
su dulce y húmeda huella
en el carmin de tus labios,
y en tu frente pura y tersa?
Qué!... ¿témes el rudo choque
de las furiosas tormentas,
que en remolinos de fuego
cruzan, tronando, la esfera,
Y arrojan sañudos rayos,
que en los aires serpentean,
llevando do quier la muerte
y la destruccion do quiera?
¡Ay! no, mi vida: alza el rostro,
su ronco bramar no temas,
ni del iracundo rayo
la saña feroz y horrenda.
Bien sé que por tí no temes
y solo por mí recelas;
mas, si es verdad que me amas,
del pecho el terror ahuyenta.
Vuelve, vuelve á estar tranquila;

á mirar tus ojos vuelvan
mis ojos con la ternura,
que dulce calma revela.
Une tus labios de rosa,
que al fuego en ardor semejan,
á mis encendidos labios,
y un fuego con otro templa.
¿Qué te importa que las nubes,
haciéndose cruda guerra,
lancen volcanes de fuego
y el mundo en yermo conviertan?
¿Ni qué en desatados mares,
bramando, inunden la tierra
y en horroroso silencio
valles y montes envuelvan?
¿Qué te importa, si á tu lado
rendido amante me encuentras,
y en tanto que el Bóreas brama
y el éter, ardiendo, truena;
Amor eterno te juro
y mis juramentos lleva
rápido el mugiente cierzo,
que arrasa las ricas vegas,
Ora al seno de las nubes
que, al recibirlo, se alegran
y responden á mis votos

con salva solemne y régia,
Ora á las fragosas cimas
de las montañas enhiestas,
que el éco de amor repiten
en sus profundas cavernas.
¡Oh! cuan sublime y cuan grata
es la oscuridad, que reina
al rededor de nosotros,
cuando el relámpago cesa,
Despues de bañar tu frente
con su luz amarillenta,
presentándote á mi vista,
cual dulce vision aérea,
En cuya espalda el cabello,
movido del aire, ondea
y volando blandamente
sus hombros ebúrneos besa!
¡Oh! cuan grande y misterioso
es el silencio, en que dejan
las nubes al vasto mundo,
despues que chocan soberbias,
Y al fiero y tenaz embate
su henchido seno rebientan,
lanzando duros granizos,
que el suelo de nácar siembran,
Y apareciendo la luna

aun mas hermosa y serena,
ciñendo de leves nubes
sutil y rica diadema!!....
Mas ¡ay! que, sorda á mi acento,
desoyes mis justas quejas
y en vez de la dulce calma,
que el pecho agitado anhela,
En vez de la blanda risa
que al corazon embelesa,
la palidez de la muerte
de tu rostro se apodera!
¡Ay! que tu pecho angustiado
se siente latir apénas,
y pierde el calor tu frente
y tus párpados se cierran,
Llenando de atroz congoja
y de amargura y tristeza
mi corazon, que es el tuyo,
y solo en tu amor alienta!!....
¡Ay! ¿por qué no me respondes
y estan tus mejillas yertas,
y languidecen tus brazos
y la sangre te se hiela?
Mi dulce bien, alma mía,
abre tus ojos; despierta
de ese sueño, que horroroso

la realidad me presenta.
No martirizes un pecho
á quien consolar debieras,
y otra vez brille en tus labios
con el carmin, que perdieran,
La juguetona sonrisa,
la calma apacible y bella,
y el fuego amoroso y puro
que en mis entrañas se ceba.

****



A

LA AZUCENA.

A
LA AZUCENA.

Entre nubes de coral,
de oro y perlas matizadas,
luce el rayo matinal,
que rïela en el cristal
de las ondas sosegadas.

—«o»—

El ruiseñor á la aurora
trina en bosques apartados,
que allá en sus cantos adora;
mientra el sol la frente dora
de los sáuces encorvados.

—«o»—

Ora triste se lamenta
en melancólico canto,
que se apaga y acrecienta;
ora es terrible tormenta
entre suspiros y llanto.

—«o»—

Ya su voz son vibraciones
de la cítara del Tasso,

ya remeda en sus canciones
las sencillas ilusiones
del amante Garcilaso.

—«O»—

O con terrífico acento,
sobre la rama flotante,
que mece lascivo el viento,
de Byron canta el tormento;
canta las trovas del Dante.

—«O»—

De la flor en la corola
el agua rutila en tanto,
como el oro en la amapola,
ó cual tinta que arrebola
el clavel y el amaranto.

—«O»—

Al fulgor de blanca aurora,
del arroyo al éco blando,
que entre los peñascos llora,
y acompaña seductora
el ave amores cantando:

—«O»—

Nívea, cándida, levanta
su frente allí la azucena,
que tiene á su fresca planta
un prado, á quien bella encanta,

con flores mil entre arena.

—«o»—

Vellon cándido de armiño,
solitaria, hermosa flor:
¿eres genio del amor,
maga aérea del dolor,
ó risa primer de un niño?

—«o»—

¿O acaso serás tambien,
linda, nítida azucena,
alguna flor del Edem,
sultana de algun Harem,
ó alguna ilusion serena?

—«o»—

Esos pétalos bruñidos
¿son de seda sericana,
por algun ángel tegidos,
en leve vaivén mecidos
del viento de la mañana?

—«o»—

Blancos son cual las espumas,
que arrojó á la playa el mar
entre las frágiles brumas;
de un arcángel son las plumas,
de inocencia el luminar.

—«o»—

Y el aroma delicado
que desplegándose dá
ese cáliz perfumado,
tu pístilo salpicado
con el oro de Sabá,

—«o»—

Cuando brilla en el oriente
el primer albor del astro,
¿es el perfume bullente,
qué brotára en parda fuente
urna oriental de alabastro?

—«o»—

Esa tu frente nevada
¿es de la vírgen tal vez,
que soñé en nube velada,
la mejilla nacarada,
la mórbida y limpia tez?

—«o»—

¿O desprendido del cielo
acaso un puro celage,
que posándose en el suelo
cual pella de blanco hielo
buscó un tallo en el ramage?

—«o»—

¿Por qué, azucena preciosa,
el arte te colocó

en la mano candorosa
del ángel, que á ruborosa
vírgen el parto anunció?

—«O»—

Por no hallar entre las flores
un signo de la belleza,
y de inocentes amores,
en que uniesen sus primores
la sencillez y pureza.

—«O»—

Hasta que vió la hermosura
de ese tu seno de Diosa,
prendándole por su albura:
que es tu corola mas pura
que la del nardo y la rosa.

—«O»—

En el valle, en la pradera
brillas tú, flor inocente,
como una perla luciente
en la corona esplendente
de florida primavera.

—«O»—

Siempre, flor, en tu albo seno
brille matinal rocío,
bésete el viento sereno,
vida te dé el campo ameno

en el calor del estío.

—«o»—

Vuele gaya mariposa
de tu frente en derredor,
meciéndose temblorosa,
para libar cariñosa
tu néctar encantador.

—«o»—

Siempre puro sea tu armiño,
como infantiles amores,
como los besos de un niño;
siempre, flor, sé mi cariño
y la vírgen de las flores!

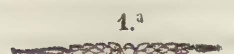
**



NOTAS.

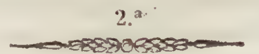
NOTAS.

1.ª



Esta composicion vió la luz pública en el número 9 de la *Aureola*, periódico de literatura, que se publica en Cádiz. Por una equivocacion del cajista apareció firmada con las iniciales J. S. y, no sé por qué, suprimidos algunos versos. Al insertarla en esta coleccion he hecho en ella algunas leves correcciones, y la he añadido los versos, cuya falta noté en su primera publicacion en el citado periódico.

2.ª



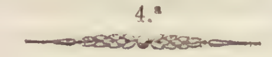
Esta composicion alcanzaba hasta la época de los reyes católicos doña Isabel I y don Fernando V; pero habiéndoseme perdido en el viaje, que en el año pasado hice á Granada con el objeto de visitar aquella hermosa ciudad, tan llena de gloriosos recuerdos, tanto para la historia de las Castillas, como para la que puramente pertenece al imperio árabe español, y no acordándome de toda por su estension, he publicado estos fragmentos, que es todo lo que de ella recuerdo.

3.ª

Toda la estrofa alude al renacimiento de la escuela sevillana en los Sres. Becquer, Gutierrez, Bejarano, y muy principalmente en el Sr. Esquivel, cuyos talentos artísticos y grande amor á la pintura habian hecho concebir á toda España las mas altas esperanzas de sus adelantos, y á nosotros el reputarle como el primer genio de la época tal vez; pero desgraciadamente este tan aventajado profesor, atacada su vista por una enfermedad, que aun es problemática para todos los facultativos, que le han asistido, se encuentra en el mas deplorable estado, tanto en sú parte física, como en la moral. ¡Sin ilusiones de artista, sin esperanza de alcanzar mas gloria!!....

He aquí el presente y el porvenir del Sr. Esquivel, si una curacion eficaz no termina sus padecimientos, y le abre de nuevo el camino de la inmortalidad.=Cuando el autor de esta composicion conoció al Sr. Esquivel y admiró los progresos, que hacía la nueva escuela, estaba en Madrid.

4.ª



Al escribir los romances históricos, que van colocados al frente, en el centro, y al final de esta obra, he

querido dar á conocer el carácter de don Pedro, el justamente tenido por *cruel*, en las tres distintas épocas, en que mas resaltaron sus pasiones.

En los primeros he tratado de presentarlo con todo el vigor de su juventud, con toda la caballerosidad y nobleza, de que era capaz un infanzon del siglo XIV, cuando obraba en presencia de su dama; pero, no obstante, con toda la impetuosidad de un jóven nacido y criado entre la adulacion y alimentado por el orgullo y la lisonja.

En los segundos no he hecho mas que contar lo que las crónicas y la historia nos dicen, y de este modo he creido que lo haria aparecer con los grandes rasgos de venganza y de ambicion, que le dominaban, no olvidando el modo indigno que tenia de prodigar alhagos y honores á los mismos, á quienes preparaba una muerte espantosa, lo cual se deja ver fácilmente, siguiendo con detencion los pasos de este monarca desde el principio de su fatal reinado.

En los terceros, finalmente, he deseado darlo á conocer con toda la fiereza de su corazon, que ni rendian las desgracias, ni desbravaban las furiosas tempestades, que estaban prontas á descargar sobre su cabeza, llegando su orgulloso frenesí hasta el punto de despreciar el poder espiritual de la Iglesia, y amenazar y perseguir los legados del Sumo Pontífice, blafemando de sus

actos (que no tratamos ahora de calificar). En una palabra, he querido probar que el carácter de don Pedro era indomable, y malvado por inclinacion, apesar de que algunas veces parece que obraba en razon á las penosas circunstancias, en que se vió, y en desagravio del ódio, que sus vasallos le tenian. Don Pedro creia que los hombres habian nacido para obedecerle y respetar sus desórdenes, por grandes que fuesen; pero la esperiencia y el tiempo le probaron que se equivocaba.



ÍNDICE.

ROMANCES.

SONETOS.

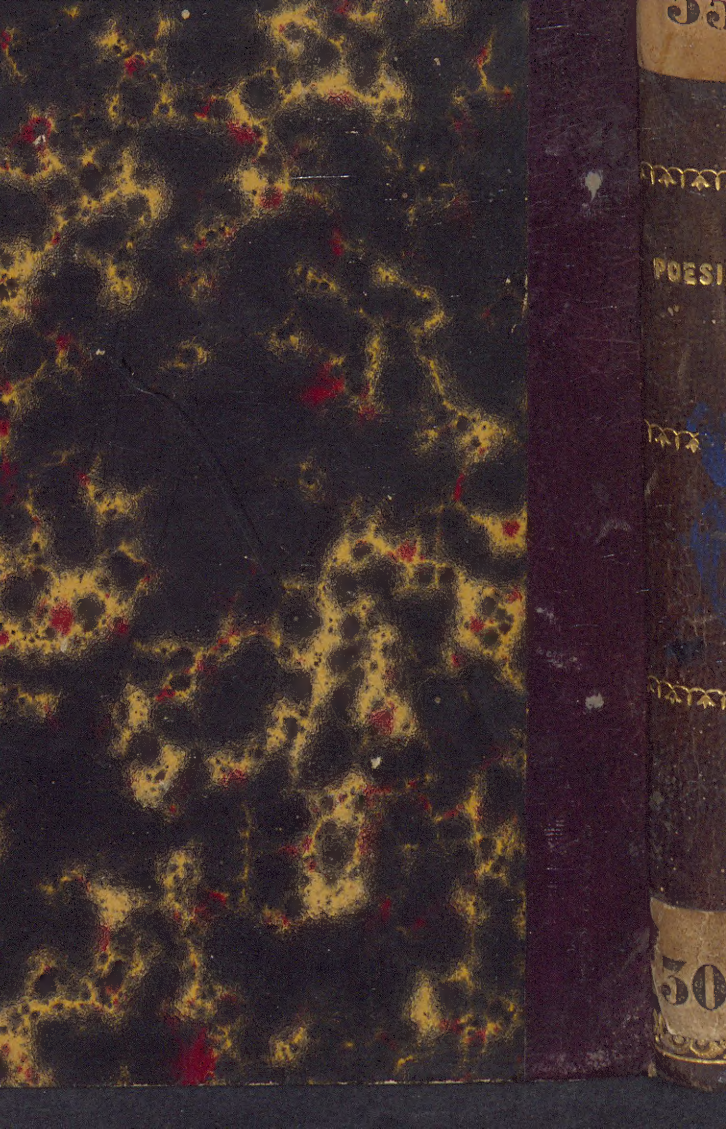
ODAS.

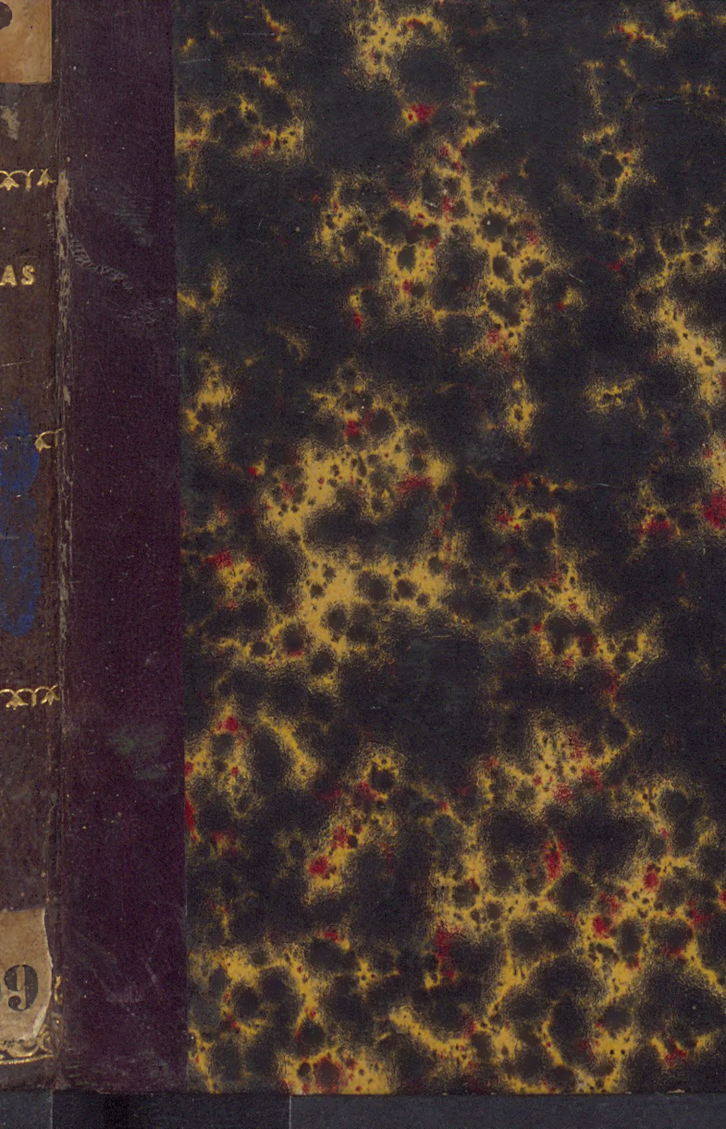
SILVAS.

CANCIONES.

ELEGIA.




POESI
30



POESIAS